

# **Poemas intemporales**

**Porfirio Barba-Jacob**



**Cruz**



# **Poemas intemporales**

Porfirio Barba-Jacob



# Acuarimántima

*O voi che avete gl'intelligenti sani,  
mirate la dottrina che s'asconde  
sotto il velame degli versi strani.*

DANTE, INFERNO, CANTO IX, 6L-63.

## I

Vengo a expresar mi desazón suprema  
y a perpetuarla en la virtud del canto.  
Yo soy Maín, el héroe del poema,  
que vio, desde los círculos del día,  
regir el mundo una embriaguez y un llanto.

¡Armonía! ¡Oh profunda, oh abscondita Armonía!

Y velaré mi arduo pensamiento'  
*sotto il velame degli versi strani*  
fastuoso, de pompas seculares:  
perfecta en sí la estrofa del lamento  
y a impulsos de los ritmos estelares.

Columpia el mar su cauda nacarina,  
e imbuida en la clámide del río  
pasa en la bruma fúlgida la carne de la ondina.  
Grana el campo nutricio, fluyen mieles,  
una deidad inflama las horas con su llama  
y loa el día azul un coro de donceles.

Romero: ¿no rebosa el corazón,  
por la noche de sombras evocadas,  
por la tierra de arrugas trabajadas,  
de! Tiempo y el Espacio la múltiple emoción?

Brilla en las lejanías invioladas  
vaga ciudad, el viento da en los juncos,  
los juncos gimen bajo el viento rudo...  
¡Romero, que se vierta el corazón!  
Y la ternura y la tristeza mía  
cantan en el crepúsculo. ¡Armonía!

Yo, Rey del reino estéril de las lágrimas,  
yo, Rey del reino vacuo de las rimas,  
con mis canciones ebrias  
que un son nocturno hechiza  
y con mis voces pávidas,  
anuncio las cavernas del Enigma.  
En mis siete dolores primarios se resume,  
como en alejandrino paradigma,  
la escala de dolor que el mal asume.

Tenebrosa, recóndita Armonía...

Mi numen, fuerte, no es aquel tan puro  
como el cerrado corazón de un monte;  
pero sobre sus ruinas de inocencias  
haré brillar, ebrio del dolor puro,  
una gota de luz del corazón del monte.

## II

En libre vuelo, el cielo de mi América  
hender he visto un cóndor negro, errante.  
¿Qué abismo circunscribe? ¿Qué intacta nieve augura?  
Por las arterias de los ciervos montesinos  
discurre para el cóndor la sangre enardecida,  
bajo las pieles lúcidas, entre las carnes bellas.

¡La presa viva!, ¡el pico ensangrentado!,  
¡el ala pronta!, ¡el ímpetu del vuelo!  
y un delirar de cumbres y centellas.

Así mi impulso al aura de la vida,  
y así mi Musa en su ilusión liviana  
de que brote la carne un lirio místico.  
Bestia de los demonios poseída,  
¡oh carne, es hora ya del don eucarístico!

Cintila el cielo en gajos de luceros,  
y querubes de vuelos melódicos  
revuelan de luceros a luceros.

Tengo la sensación de que discurro  
delante de los pórticos sagrados:  
alguien dice mi nombre a la distancia;  
brotan dulces jardines los collados  
y asumen mi ternura en su fragancia.

Claridad estelar, templo encendido,  
rima errante' por noches de pavora,  
huerto a la luz de Vésper. ¿En olvido  
mi ser se muere, mi canción no dura,  
y fui no más un lúgubre alarido?

Carne, bestia, mi Amiga y mi Enemiga:  
yo soy tú, que por leyes ominosas,  
cual vario mimbre que meció una espiga  
te haces nada en el polvo de las cosas...

¿Y la divina Psiquis, la Rosa entre las rosas?

¿Y mis amores que irisé de lágrimas?  
¿Y mi ciudad neblina tras la ilusión del día?  
¿Y mis antorchas que erigí de emblema?  
¿Y esta inquietud, y este ímpetu anhelante  
hacia una ley o una verdad suprema?

Pesa sobre tus pétalos, ¡oh Rosa  
Espiritual!, tan lóbrega y cerrada  
la noche, tan vacía y rencorosa,  
que en vano el brillo de tu broche efunde.  
Amor. Deleite. Horror. Pavesas. Nada.

¡Nada, nada por siempre! Y merecía  
mi Alma, por los dioses engañada,  
la Verdad, y la Ley y la Armonía.  
¡Sé digna de este horror y de esta nada,  
y activa y valerosa, oh alma mía!

### III

Como en la vaguedad de un espejismo:  
—¿qué sabes?— mi conciencia me interroga,  
fluida en llanto entre mi propio abismo.

Y miro el mar ardiente, el monte flavo  
que suaviza el azul, la estrella límpida  
rielando en el rocío del capullo;  
y en sus cunas los cándidos infantes,  
cazados con las redes del arrullo  
por el sueño de manos hechizantes.

Y vuelto a mí, gimiendo el corazón:  
—¿qué sabes?— vanamente me interrogo,  
mudo, bajo la múltiple emoción.

Sólo un saber escondo claro y justo;  
llévole como antorcha y como daga  
en medio del cerrado laberinto;  
en su vasta amplitud mi fe naufraga  
y hallo en su anchura incómodo recinto.

Se oyen sordos, rontos lamentos,  
y alzan sus puños en el vacío  
los pensamientos.

¡Oh menguado saber, pobre riqueza  
de formas en imágenes trocadas,  
ley ondeante, ciencia que alucina,

que cada noche en el silencio empieza  
y cada día con el sol culmina!

¡Oh menguado saber de la iracunda  
vida que ante mis ojos se renueva,  
germinal y cruel, ciega y profunda;  
madre de los mil partos y el misterio  
que al barro humilla y a Psiquis subleva!

Como ventana que el azul del cielo  
circunscribe, se entreabren los sentidos.  
¡Pobre, ruin saber! Y, sin embargo,  
la leve mariposa del anhelo  
entra por la ventana sin ruidos.

Cuaja en el corazón de la manzana  
la dulzura estival; la mariposa  
vuela del fondo de la carne humana.

¡Que al claro cielo  
suba el anhelo!

Por ese vuelo, la heredad natía  
canté, con ritmo de ideal retorno,  
en la ingenua parábola temprana.  
En el turquí del éter desleía  
un nácar tenue mi primer mañana.

Por ese anhelo, entre los acres pinos  
y las rosas en llamas del ocaso,

al hablar dejo la palabra trunca:  
el tiempo es breve y el vigor escaso,  
y la Amada ideal no vino nunca.

Por ese anhelo;: en rimas balbucientes  
canto el rojo camino que a la tarde  
se pinta en la montaña evocadora,  
o a la vívida luz del sol temprano,  
como una obsesión conturbadora  
de sangre y sangre en el azul lejano.

Y por él amo, en fin, y por él sueño  
con una honda transfusión divina  
de la luz en mi carne de tortura  
¡puesto que está la estrella vespertina  
sobre el horror de esta prisión oscura!

Columpia el mar su cauda nacarina,  
y en ustorios relámpagos de espejos  
esplende en bruma de ópalo la carne de la ondina.

Y fulge Acuarimántima a lo lejos...

#### IV

Yo descendí de la antioqueña cumbre,  
de austera stirpe que el honor decora,  
el alma en paz y el corazón en lumbre,

y el claro sortilegio de la aurora  
bruñó mi lira y la libró de herrumbre.

Y fui viajero de nivoso monte  
y Umbría roza de maíz, al valle  
que da a la luz su fruta entre su llama:  
y había miel de filtros de zinzonte  
que derrama canción de rama en rama.

Y el mar abierto, a mí divinamente  
su honda virtud hizo afluir entera:  
gusté su yodo... y la embriaguez ignota  
de no sé qué sagrada primavera  
bajo la paz de una ciudad remota.

Fulgía en mi ilusión Acuarimántima.

Ciudad de bien, fastuosa, legendaria,  
ciudad de amor y esfuerzo y ufanía  
y de meditación y de plegaria;  
una ciudad azúlea, egregia, fuerte,  
una Jerusalén de poesía.

Y como los cruzados medioevales,  
ceñime al torso fúlgida coraza  
y fuime en pos de la ciudad cautiva,  
burlando la guadaña de la Muerte  
y la fortuna a mi querer esquivá.

La ondulante odisea rememoro  
con amor y dolor... Un linde vago,  
de súbito sangriento, ya cetrino...  
Un buque... un muelle... un joven noctívago...  
y el tono de la voz... y el pan marcino...

La maravilla comba, transparente,  
de las noches de junio hacia la hondura  
de un huerto viola, en ácidos alcores;  
y. allí la levadura de mis cantos,  
hecha de mezquindad y sinsabores.

Y aquella niña del amor florido  
y oloroso, y ritual, y enardecido,  
el seno como un fruto no oprimido,  
y un dulzor en los besos diluido,  
y un no sé qué... que túrbame el sentido.

Y la huraña beldad, el mármol yerto  
e inmovible; y la Infantina huraña  
que era el postrer jazmín que daba un huerto...  
¡Me figuro las luces de sus ojos  
como dos cirios de un cariño muerto!

Y el arduo afán en el impulso vario  
por resolver el canto en melodía.  
Derrame un ruiseñor en el himnario  
toda la miel del día.  
Silencios de armonía.

Un rumor milenario,  
y la luz de tu lámpara, ¡oh Sophía!

\*

Húmedos los cabellos —cristalinos caireles  
de agua y sol—, aún ondulan fantásticas ondinas;  
y danza, con la luz, un coro de donceles,  
en la playa, al influjo de las sales marinas...

V

Turbaban mi conciencia en el precario  
vivir, el ala inquieta, el viento vario,  
fantasmas familiares,  
misterios presentidos,  
amores y cantares  
de jóvenes floridos,  
el vino, el mar, el día en el Acuario.  
y la meliflua vocación interna:  
sentir, cantar, en raptos doloridos  
“ser yo”, —“no ser”—, en sucesión alterna.

Tronco en la plenitud, hundió mi alma  
su raíz en el légamo de muerte  
que nutre las corolas de la vida,  
y dio el perfume infuso en su ramaje.  
Vuela el perfume,  
mas se consume.

Ilusorio celaje  
pide al éter sutil  
que lo asume,  
y en el raudal fluido de las auras de abril  
hace el viaje  
y se consume...

¡Oh insaciedad del hálito y la nébula,  
y el amor, y el impulso, y el anhelo!  
No un dios pagano, pero sí su rastro.  
No el himno divo, pero sí el suspiro.  
No el mármol, mas el plinto de alabastro.

Y una sensualidad de antiguo giro.

## VI

Y fui después un numen transitorio,  
sombra y canción en la embriagante tierra,  
un sino raro y un deleite raro.  
Ya el crepúsculo estuvo el día cierra  
y lejos brilla un tenebroso faro.

La dama de cabellos encendidos  
fecunda con mi sangre sus huertos prohibidos.

Y una inquietud frenética y gozosa  
mi paz, mi sueño, mi vigor consume,  
y un huracán mi plenitud doblega.

¡Soy esa sombra que cruzó el camino,  
en sangre tinta, de lujuria ciega!

Soy esa sombra pávida, cautiva  
de un gran misterio en el Misterio oculto.  
Huella la flor azul pata lasciva  
de cabrón negro, y el divino himnario  
sella Satán con sellos de su culto.

Mi pena errante con mi vino loco  
en el turbión del vicio la sepulto.  
Soy huésped de garitas y tabernas.

Disputo al “puede ser” un pan ingrato;  
y dejo que mi carne, ruin loba  
de lúgubres anhelos arrecida,  
se me abandone al logro del deleite,  
desnuda en la impudicia de la vida.

Entúrbiase la clara inteligencia.  
La idea afluye en nieblas ondulantes.  
Es el goce monótona frecuencia:  
igual en el deliquio y el suspiro...

¡Dadme un beso, un contacto y una esencia,  
una sensualidad de nuevo giro!

## VII

Y mi mano sacrílega se tiñe  
de tu sangre, ¡oh Imali!, ¡oh vestal mía!  
Mas no fue mi ternura, fue un furor...  
Si de nuevo, a mis ojos resurrecta,  
te pudiese inmolar, te inmolaría.  
¿Ya ves, oh Imali, que no fue mi amor?

Gozoso aún, y pávido y tremente,  
hui a la sombra, la cerrada sombra  
que en su mudez acoge las iras y los vértigos.  
¡Un hueco en tus entrañas, tierra dura!  
¡Soledad, un refugio en tus entrañas!  
¡Tu ojo sin vista, lobreguez impura!

Mas la sangre fluía en chorros de carbunclos.  
Ante el cadáver lívido, sin blandones, sin túmulo,  
todo estaba sangriento.  
—“Asesino”, “Asesino”— susurraba y se iba el viento.  
En los prados del monte fueron crimen mis huellas.  
Como vírgenes desoladas  
me bañaron de llanto las estrellas.

En las playas de luz mojadas  
di un alarido al ver el mar que hervía;  
y huyendo en pos, en pos de la noche que huía,  
me ensangrentó la sangre horrible del alba del día.

—“Asesino”, “Asesino”—  
susurraba y se iba el viento.

Y los pastores me negarían sus cabañas.  
Las rocas me aplastarían en sus entrañas.  
La paz es mi enemigo violento,  
y el amor mi enemigo sanguinario.  
¿Y a qué tu sombra, oh noche del lúbrico ardimiento,  
si entre mi corazón ardía el tenebrario?

Viajó mi alma en íntimas pasiones  
de Cristos coronados de congojas:  
¡el pudor!, ¡el honor entre sayones!  
Fui rosa negra de mil rosas rojas  
del vicio en las ocultas floraciones...

Mas el azul en mi dolor heroico  
abrió su abismo de fulgencias puras,  
soles remotos, nébulas, centellas,  
y estuve opreso por las lumbres de ellas  
del hilo de oro del collar del día;  
y un anhelar de espacio dio sus alas  
a mi desconcertada poesía.

\*

En la lluvia de gotas de mi sangre,  
tras el velo irisado de mis lágrimas,  
vago sueño —sus brumas deshacía—  
vago sueño —mi vaga Acuarimántima—.

## VIII

Retorno de tal suerte hacia la playa,  
realizado mi afán. La tierra invoca  
su ley que mis empeños desvirtúa.  
Oigo el grito del mar que me penetra,  
y ansia de paz perenne me extenúa.

¡El mar!, ¡el mar!, ¡el mar ambiguo y fuerte!  
Su espuma brinda a mi ruindad su imperio  
en astillas de mástiles fallidos.  
Ráfagas de misterio...  
Monstruos desconocidos...

¿No brilla, entre la niebla, Acuarimántima?  
¿No se oye limpia, trémula canción  
que pueda, en el aliento desvaído,  
sonar, aletargar el corazón  
y pasar?

No se oye nada.  
Silencio y bruma, soplos de lo arcano.  
La luz mentira, la canción mentira.  
Sólo el rumor de un vago viento vano  
volando en los velámenes expira.

La noche adviene, de mortuorio emblema.  
Retumba en mi recuerdo mi alarido,  
mi estéril tiempo en mi inquietud suprema.

El trágico dolor ha concluido.  
Yo soy Maín, el héroe del poema.

Florece el cielo en gajos de luceros,  
y querubes de vuelos melodiosos  
revuelan de luceros a luceros.

Y no decir, y no tener palabras  
tan llenas de tu goce vespertino  
y tu sueño nupcial, ¡oh campesino  
que cruzas con tus carros rechinantes!  
En tu ilusión, un hálito divino  
te ha poblado de niños los instantes.

Y ver, desde esta cima de ternura  
y valeroso amor, en toda cosa  
el Enigma, el Enigma inviolado.  
Arde la pura rosa, sueña la linfa pura,  
¡oh carne!, y tú destilas el pecado,  
Y... Y...

¡El Enigma, por siempre inviolado!

Y por toda verdad, saber ahora  
que brilla el mar, que el monte se estremece,  
que fulge Sirio en el jardín lejano;  
y que al frustrarse el giro de mi vida,  
al giro de la suya grana el grano.

La luz mentira. La canción mentira.

Que fui por los instintos inmolado  
ante el ara de un dios; que un soplo frío  
de lóbrego misterio he suscitado;  
que un dolor nuevo está en el plectro mío,  
y el plectro, en el dolor, purificado.

Lúgubre viento sopla entre los juncos;  
los juncos gimen bajo el viento rudo.  
Cantan en el crepúsculo.

## IX

Honda, inmóvil, letárgica laguna  
que semeja el sepulcro de la luna,  
se tiende hasta el ilímite horizonte,  
y a la tristeza vespéral se aduna  
un viento de ultramar y de ultramonte.

Cantan en el crepúsculo  
y un ledo son de esquilas  
vuela en el éter trémulo.

Que mi rumor se extinga blando, tenue,  
ola en onda, onda en pompa, pompa en iris,  
o cual vágulo aroma en la memoria;  
y me reintegre a la epopeya trunca  
en la ciudad de nieblas de mi gloria.

Cantan en el crepúsculo. ¡Armonía!

Y que olvide la brega transitoria,  
y el no ser más —y el no ser menos nunca—,  
del hilo de oro del collar del día.

¡Armonía! ¡Armonía!

Y el ancla suelte a místicas regiones,  
no humano ya mi desear: divino  
mi poseer,  
mientras en el desmayo del crepúsculo  
rueda sobre los ásperos terrones  
el carro del campesino,  
y fulgura, real, tras el velo de mis lágrimas,  
erigida por mi dolor con el mármol de mi poesía  
—¡y mía!, ¡mía!, ¡mía!—  
mi nebulosa, azulina Acuarimántima...

¡Armonía! ¡Armonía!

## Parábola del retorno

Señora, buenos días; señor, muy buenos días...  
Decidme, ¿es esta granja la que fue de Ricard?  
¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?  
¿No tuvo un naranjero, y un sauce, y un palmar?

El viejo huertecito de perfumadas grutas  
donde íbamos... donde iban los niños a jugar,  
¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?  
Señora, ¿y quién recoge los gajos del pomar?

Decidme, ¿ha mucho tiempo que se arruinó el molino  
y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?  
Las hierbas, ya crecidas, ocultan el camino.  
¿De quién son esas fábricas? ¿Quién hizo puente real?

El agua de la acequia, alma de linfa pura,  
no pasa alegre y gárrula cantando su cantar;  
la acequia se ha borrado bajo la fronda oscura,  
y el chorro, blanco y fúlgido, ni riela ni murmura...  
Señor, ¿no os hace falta su música cordial?

Dejadme entrar, señores... ¡por Dios! Si os importuno,  
este precioso niño me puede acompañar.  
¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno  
que enmarca, entre caireles, su frente angelical?

Recuerdo... Hace treinta años estuvo aquí mi cama;  
hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...

Decidme, ¿y por los techos aún fluye y se derrama,  
de noche, la armonía del agua en el pajar?

Recuerdo... Éramos cinco... Después, una mañana,  
un médico muy serio vino de la ciudad;  
hizo cerrar la alcoba de Tonia, y la ventana...  
Nosotros indagábamos con insistencia vana,  
y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde, cargados de racimos,  
de piñuelas maduras, de gajos de azahar.  
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:  
¡y éramos seis! ¡Había nacido Jaime ya!

Señora, buenos días; señor, muy buenos días.  
Y adiós... Sí, es esta granja la que fue de Ricard,  
y éste es el viejo huerto de avenidas umbrías,  
que tuvo un sauce, un roble, zuribios y pomar,  
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...

¡Señor, muy buenos días! ¡Señora, muchas gracias!

*[Barranquilla, 7 de septiembre de 1906]*

## Árbol viejo

El árbol que sombrea la llanura  
tiene cien años de acendrar sus mieles,  
de temblar bajo el júbilo del cielo  
alargando sus frutos sazonados,  
de escuchar el silencio de la noche,  
y de ver a las mozas del camino,  
perennemente, sin decirles nada...

Los labradores con el hierro al hombro  
llegan en la fatiga de la tarde,  
y piensan al mirarlo, simplemente:  
“Ya rindió sus cosechas más jugosas,  
y ofrece al hacha los desnudos brazos  
para alimento del hogar: cortémosle”.

¡Oh inquietud vespertina! ¡Cómo tiemblan  
mis carnes cual las ramas sacudidas  
del árbol que sombrea la llanura!  
Me duele el corazón... En el lejano  
horizonte se encienden los hogares,  
y con un ritmo lánguido y liviano  
parece que sollozan los palmares.

Me quedo preguntándome a mí mismo:  
¿para qué sirve un árbol?, ¿para darle  
cuatro varas de sombra al césped trémulo?,  
¿para temblar bajo el azul del cielo  
alargando sus frutos sazonados?,

¿para oír el silencio de la noche?,  
¿para sentir la fiebre de la tierra?,  
¿para ver a las mozas del camino,  
perennemente, sin decides nada?

Me quedo preguntándome a mí mismo  
en la fúlgida noche que desciende;  
y ella, que en paz sus luminaires prende,  
dilata mi ansiedad con su mutismo...

*[Barranquilla, 1906]*

## Espíritu errante

Espíritu errante, sin fuerzas, incierto,  
que trémulo escuchas la noche callada:  
inquiérese en los himnos que fluyen del huerto,  
de todas las cosas la esencia sagrada.

Ni marques la ruta ni cuentes las horas:  
¿acaso el misterio culmina  
en las graves montañas sonoras  
que nutren el roble y la encina?

Quizás en el fondo de oscuros arcanos  
tú vives de ciencia, de luz y de gloria,  
y a mundos externos las manos divinas  
entrebren la reja ilusoria...

¿Quién sabe en la noche que incubaba las formas  
de adusto silencio cubiertas,  
qué brazo nos mueve, qué estrella nos guía?  
¡Oh sed insaciable del alma que busca las normas!  
¿Seremos tan sólo ventanas abiertas  
el hombre, los lirios, el valle y el día?

Espíritu errante, sin fuerzas, incierto,  
que trémulo escuchada noche callada:  
inquiérese en los himnos que fluyen del huerto,  
de todas las cosas la esencia sagrada.

*[La Habana, 1907]*

## Domador, triunfador

Domador, triunfador, hombre de hierro:  
tu grey de esclavos ágiles y rudos  
conjura contra mí, que en mi defensa  
no he de mover las manos fatigadas,  
o vengan a romper en la llanura  
mis huesos y mi carne tus mastines.  
Clava en mí tus puñales homicidas,  
desgárrame, ya es hora...  
Estoy como los niños bajo el golpe,  
como las rosas líricas de mayo  
bajo el viento y la lluvia.  
Mi exigua juventud te brindo.  
Ningún tesoro en mi pobreza escondo.  
Tengo un poco de amor... ¿Y no le tienen  
las bestias más humildes?  
El cuello blandamente  
dispongo a los verdugos  
y con piedad extraña  
sonrío en la tragedia.  
Mas, rendido también, el perro humilde  
que tu misericordia logra apenas,  
¿no alza con avidez los grandes ojos  
para besar la mano que le hiere?  
Clava en mi carne el acerado garfio  
de un extraño tormento;  
échala a consumirse entre la llama  
y sus cenizas desparrama al viento.

## La estrella de la tarde

Un monte azul, un pájaro viajero,  
un roble, una llanura,  
un niño, una canción... Y, sin embargo,  
nada sabemos hoy, hermano mío.

Bórranse los senderos en la sombra;  
el corazón del monte está cerrado;  
el perro del pastor trágicamente  
aúlla entre las hierbas del vallado.

Apoya tu fatiga en mi fatiga,  
que yo mi pena apoyaré en tu pena,  
y llora, como yo, por el influjo  
de la tarde traslúcida y serena.

Nunca sabremos nada...

¿Quién puso en nuestro espíritu anhelante,  
vago rumor de mares en zozobra,  
emoción desatada,  
quimeras vanas, ilusión sin obra?  
Hermano mío, en la inquietud constante,  
nunca sabremos nada...

¿En qué grutas de islas misteriosas  
arrullaron los Númenes tu sueño?  
¿Quién me da los carbones irreales  
de mi ardiente pasión, y la resina

que efunde en mis poemas su fragancia?  
¿Qué voz suave, qué ansiedad divina  
tiene en nuestra ansiedad su resonancia?

Todo inquirir fracasa en el vacío,  
cual fracasan los bólidos nocturnos  
en el fondo del mar; toda pregunta  
vuelve a nosotros trémula y fallida,  
como del choque en el cantil fragoso .  
la flecha por el arco despedida.

Hermano mío, en el impulso errante,  
nunca sabremos nada...

Y sin embargo...

¿Qué mística influencia  
vierte en nuestros dolores un bálsamo radiante?  
¿Quién prende a nuestros hombros  
manto real de púrpuras gloriosas,  
y quién a nuestras llagas  
viene y las unge y las convierte en rosas?

Tú, que sobre las hierbas reposabas  
de cara al cielo, dices de repente:  
—“La estrella de la tarde está encendida”.  
Ávidos buscan su fulgor mis ojos  
a través de la bruma, y ascendemos  
por el hilo de luz...

Un grillo canta  
en los repuestos musgos del cercado,  
y un incendio de estrellas se levanta  
en tu pecho, tranquilo ante la tarde,  
y en mi pecho en la tarde sosegado...

*[Monterrey, julio de 1909]*

## Retrato de un jovencito

Pintad un hombre joven, con palabras leales  
y puras, con palabras de ensueño y de emoción;  
que haya en la estrofa el ritmo de los golpes cordiales  
y en la rima el encanto móvil de la ilusión.

Destacad su figura, neta, contra el azul  
del cielo, en la mañana florida, sonreída:  
que el sol la bañe al sesgo y la deje bruñida;  
que destelle en sus ojos una luz encendida;  
que haga temblar las carnes un ansia contenida;  
y que el torso, y la frente, y los brazos nervudos,  
y el cándido mirar, y la ciega esperanza,  
¡compendien el radiante misterio de la vida!

[1911]

# El triunfo de la vida

*La edad de oro no está detrás, sino  
delante de nosotros, radiosa y accesible.*

SEBASTIEN FAURE

He visto a un hombre de inseguros trazos,  
como vetusta máquina que mueve,  
sobre la tierra en madurez los brazos,

reír, llenar de voces la colina,  
mientras el sol, rodando tras la sombra,  
su disco ardiente sobre el mar inclina;

y he visto en torno del jayán oscuro,  
rapaces que medraban como brotes  
de un trigo sano en un ambiente puro...

Esta falaz antítesis: la risa  
senil sobre las frentes inmaduras  
que dan su efluvio a la ondulante brisa,

¿es discordante número, o acaso  
signo de la alegría con que fluyen  
por el éter el alba y el ocaso?

(¡Reír sobre la frente donde imprime  
huella de amor el ósculo materno  
que de la pena original redime!,

¡y reír con aquella carcajada  
lóbrega, sorda, nocturnal, que roban  
los austros a la esquila desgastada!)

Tú, que tramontas en el verde mayo,  
y a quien las luces de fanal conspicuo  
apenas esclarecen de soslayo,

¿presagias de tus nietos la fortuna  
cuando flota en los valles de tu alma  
cierta indecisa claridad de luna?

Ellos verán la danza de las horas  
que alternan sobre el monte constelado  
rubias noches y fúlgidas auroras;

en la grata inocencia campesina,  
las danzas de las mozas que preside  
Pitágoras con música divina;

y de las auras al empuje blando,  
fatigadas de orgullo las palmeras  
su sombra azul en torno derramando.

Gustarán en la tórrida campiña  
pomas que acendren los nutricios jugos,  
la uva silvestre, la acridulce piña;

y de octubre en la copa rebosante,  
por activar el ritmo de sus músculos,  
el mosto nuevo, de sabor fragante.

Ellos verán los templos erigidos  
cuyos jaspes y mármoles conjunte  
coro de amor, no trágicos gemidos;

templos do arome vagarosa esencia  
de clásicas resinas, ofrendadas  
al Amor, al Trabajo y a la Ciencia.

Ellos, un día, trazarán camino  
por donde fluya en fuerza transmutado  
y a impulso fácil, el temblor marino;

y enfrenarán la indómita cuadriga  
de los vientos veloces, porque sean  
alivio en la doméstica fatiga.

Ellos, tras el tumulto de la guerra,  
vendrán tal vez con apacibles manos  
—¡oh Henry George!—, a libertar la tierra;

y mirarán la obra coronada  
que hoy en los surcos bélicos auguran  
sangre y dolor, pues que la edad dorada,

que ha de amenguar la pena irremisible,  
no está detrás, sino que está delante  
de nosotros, radiosa y accesible:

¡oh paz de Cristo, fraternal aurora  
en que del cielo del Amor descienda  
justicia al mundo que justicia implora!

\*

Tú, que tramontasen el verde mayo,  
y a quien las luces de fanal conspicuo  
apenas esclarecen .de soslayo,

¿no envidias de tus nietos la fortuna  
cuando flota en los valles de tu alma  
cierta indecisa claridad de luna?

Dóciles a la incógnita armonía  
que dé a sus labios insinuante bozo  
—cual dióle al tuyo en preterido día—

ellos en la romántica ventana  
sollozarán por los fingidos duelos  
que trueque en rosas la beldad liviana;

y mientras luego en tálamo fecundo  
giman, gozosos del ardiente brío  
por cuyas leyes se renueva el mundo,

tú, bajo el golpe, lívido e inerte,  
marchita ya tu varonil firmeza,  
buscarás en los limbos de la Muerte  
dónde rendir la fúnebre cabeza...

## La carne ardiente

En un jardín de aquel país horrendo  
hallé a Fantina, de ojos maternas  
y desnudeces mórbidas, tejiendo  
guirnaldas con las rosas vespérales.

Y cual las aguas turbidas de un río  
que rompe un viento en procelosa huella,  
gimió de amor mi corazón sombrío  
y suspiró mi mocedad por Ella.

—“Fantina —dije con ahogadas voces  
que al brotar abrasábanme la lengua—:  
quiero hundir mis mejillas en la falda  
de tu traje, que apenas roza el viento,  
entreverar un lirio en tu guirnalda,  
y ungir tus trenzas con precioso unguento”.

La vi volverse, rígida y sañuda,  
por esquivarme el juvenil encanto:  
¡quizá en mis voces se sintió desnuda  
y la vergüenza ‘desató su llanto!

Y en la tórrida hora cenicienta,  
de ondas pesadas, que al jardín caía,  
miré mi carne ansiosa y opulenta,  
¡y en un rojizo resplandor ardía!

## El corazón rebosante

El alma traigo ebria de aroma de rosales  
y del temblor extraño que dejan los caminos...  
A la luz de la luna las vacas maternas  
dirigen tras mi sombra sus ojos opalinos.

Pasan con sencillez hacia la cumbre,  
rumiando simplemente las hierbas del vallado;  
o bien bajo los árboles con clara mansedumbre  
se aduermen al arrullo del aire sosegado.

Y en la quietud augusta de la noche mirífica,  
como sutil caricia de trémulos pinceles,  
del cielo florecido la claridad magnífica  
fluye sobre la albura de sus lustrosas pieles.

Y yo discurro en paz, y solamente pienso  
en la virtud sencilla que mi razón impetra;  
hasta que, en elación el ánimo suspenso,  
gozo la sencillez que viene y me penetra.

Sencillez de las bestias sin culpa y sin resabio;  
sencillez de las aguas que apuran su corriente;  
sencillez de los árboles... ¡Todo sencillo y sabio,  
Señor, y todo justo, y sobrio, y reverente!

\*

Cruzando las campiñas, tiemblo bajo la gracia  
de esta bondad augusta que me llena...

¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!  
¡Oh manos que vertisteis en mi espíritu  
la sagrada emoción de la noche serena!

Como el varón que sabe la voz de las mujeres  
en celo, temblorosas cuando al amor incitan,  
yo sé la plenitud en que todos los seres  
viven de su virtud, y nada .solicitan.

Para seguir viviendo la vida que me resta  
haced mi voluntad templada, y fuerte y noble,  
oh virginales cedros de lírica floresta,  
oh pródidas campiñas, oh generoso roble.

Y haced mi corazón fuerte como vosotros  
del monte en la frecuencia,  
oh dulces animales que, no sabiendo nada,  
bajo la carne humilde sabéis la antigua ciencia  
de estar oyendo siempre la soledad sagrada.

## Acto de agradecimiento

Sólo hay un bien preciso: poseer cabalmente,  
por sobre todo engaño, nuestra sabiduría;  
y, como el agua clara rebósase en la alberca,  
dejar que el alma llenen el valle, el monte, el día.

Yo he cruzado la senda que decora la grama  
y sombrean los árboles ancianos y robustos,  
en donde el viento libre sus músicas derrama,  
de severos compases magníficos y augustos.

Y he visto ya las hierbas olorosas,  
de florecer sencillo, que visten las campañas;  
y espartos de los brutos, convólulos, llantenes,  
jaramagos de abril, y áloes, y espadañas...

Y he visto ya las mieses abundantes,  
orgullo del labriego, bajo la luz de octubre;  
y el ópalo de mil estrellas rutilantes,  
y el azul insondado del cielo que nos cubre.

Y la sangre que brota de alguna herida abierta  
bárbaramente... ¡oh dolor!, ¡oh pavor!  
y azoradas mujeres que entornando la puerta  
rendíanse a la dulce zozobra del amor.

Y he visto ya los niños fraternales  
jugar del campo en el sopor profundo,  
en armoniosas luchas irreales;

y, del tiempo en los giros limitados,  
crecer... amar... y renovar el mundo.

Y he visto el mar, que todo lo compendia;  
y más allá del mar la génesis del día:  
¡de modo que poseo justamente  
la riqueza inefable de mi sabiduría!

Si un rayo de los cielos viene a cegar mis ojos  
dejándolos en sombra de repente,  
¿qué ha de impetrar mi alma enajenada?  
Fuera de esta visión que llevo ya conmigo,  
¡oh amor!, ¡no busco nada!,  
¡oh ardor!, ¡no quiero nada!

## Elegía de septiembre

*¡Oh sol! ¡Oh mar! ¡Oh monte! ¡Oh  
humildes animalitos de los campos!  
Pongo a todas las cosas por testigos  
de esta realidad tremenda: He vivido.*

MAÍN

Cordero tranquilo, cordero que paces  
tu grama y ajustas tu ser a la eterna armonía:  
hundiendo en el lodo las plantas fugaces  
hui de mis campos feraces  
un día.

Ruiseñor de la selva encantada  
que preludias el orto abrilero:  
a pesar de la fúnebre Muerte y la sombra y la nada,  
yo tuve el ensueño.

Sendero que vas del alcor campesino  
a perderte en la azul lontananza:  
los dioses me han hecho un regalo divino:  
la ardiente esperanza.

Espiga que mecen los vientos, espiga  
que conjuntas el trigo dorado:  
al influjo de soplos violentos,  
en las noches de amor, he temblado.

Montaña que el sol transfigura,  
Tabor al febril mediodía,  
silente deidad en la noche estelífera y pura:  
¡nadie supo en la tierra sombría  
mi dolor, mi temblor, mi pavora!

Y vosotros, rosal florecido,  
lebreles sin amo, luceros, corpúsculos,  
escuchadme esta cosa tremenda: ¡HE VIVIDO!  
He vivido con alma, con sangre, con nervios, con músculos,  
y voy al olvido...

## Pecado original

Vela sus rojos granos la granada  
en purpúrea prisión; mansos y fieles  
cruzan tranquilamente los lebreles  
por la tierra tranquila y sosegada.

La estrella está en sí misma embelesada;  
tiene el trigal sus oros y sus mieles,  
y la fuente de líquidos caireles  
no pide al Numen nada... nada... nada...

Todo se ajusta a ley: el monte, el río,  
el mar profundo en su profunda ciencia,  
su áspero hervor y su nocturno brío:

¡sólo yo pierdo la inefable esencia  
de la vida inocente, porque crío  
tu gusano letal, Concupiscencia!

# El collar desatado

CANCIÓN DEL OPTIMISTA

Mientras los astros brillan tras el cerúleo velo  
y hay en la brisa castos efluvios de mujer,  
dirige hacia los aires la flecha de tu anhelo:  
¿qué importa que no sepas a dónde va a caer?

Si nuevas alegrías inundan tu morada,  
si flota en áureas ondas de luz tu corazón,  
si ya en tus trojes íntimas tu mies está dorada,  
envía a los luceros tu férvida canción.

O si conduces trigo, moreno y dulce trigo  
por soles y por lluvias granado en tu heredad,  
y cruzas por la tierra de un sórdido enemigo,  
arrójalo en el surco: ¿qué vale lo demás?

La vida es esto: un acto supremo, simple, puro,  
una emoción, un ímpetu y un ansia de ideal;  
fantasmas que su sombra dibujan sobre el muro;  
ensueños que florecen, valor, amor leal.

Besar las manos fúnebres de temblorosa anciana;  
flotar entre las nieblas del ser y del no ser,  
y —*húmedo por la leche de la ternura humana*—  
el verso en las praderas del sueño recoger.

\*

Cuando me rindo al peso del femenino reclamo  
y en mis ardientes noches el beso viene y va,  
yo, presintiendo un poco mis propias formas, amo,  
sin conocerlo, al hijo que Cintia me dará.

Y sé que mi emoción, mi valor, mi energía  
en los actos dispersa, mi collar desatado,  
son al viento, en las pompas inútiles del día,  
brillos de los luceros, aromas de las rosas...  
¡Un hijo del amor en mi amor he engendrado!  
Roto el hilo invisible, que sus manos piadosas  
den a la tierra fértil mi cuerpo inanimado.

# Triste amor

CANCIÓN DEL PESIMISTA

No hay nada grande, nada, sino la Muerte... En vano  
querrá un ardiente Numen, tras líricos empeños,  
aprisionar la turba de los silfos risueños  
\_descubrir las líneas de un rostro sobrehumano.

Las cosas son la espuma del tiempo en nuestra mano;  
la gloria es eco de una proeza urdida en sueños;  
joyeles y palacios de exóticos diseños  
son fábrica de niebla, ruido del océano...

Con todo, Cintia mía, en la noche nevada  
junta a mi carne lívida tu carne sonrosada...  
y un hijo rasgue otrora las brumas del camino.

¡Si es crimen dar renuevos a la materia oscura,  
yo purgaré en mí mismo la erótica locura  
de dos lobeznos tristes que amamantó el Destino!

## Soberbia

Le pedí un sublime canto que endulzara  
mi rudo, monótono y áspero vivir.  
El me dio una alondra de rima encantada...

¡Yo quería mil!

Le pedí un ejemplo del ritmo seguro  
con que yo pudiera gobernar mi afán.  
Me dio un arroyuelo, murmurio nocturno...

¡Yo quería un mar!

Le pedí una hoguera de ardor nunca extinto,  
para que a mis sueños prestase calor.  
Me dio una luciérnaga de menguado brillo...

¡Yo queda un sol!

Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,  
y el verdor edénico, y el azul abril...  
¡Oh sórdido guía del viaje nocturno:

¡Yo quiero morir!

## Los niños

Los niños son tranquilos y suaves  
trino en la noche, lampo de aurora  
sur risas puras y sus ojos graves.

Divinamente saben la canción  
del prodigioso ritmo suboído  
que hace regocijar el corazón:  
y en los brazos abiertos de la noche  
gustan la maravilla del olvido.

Y olvidan luz y amor y goce y pena,  
y la trisca pueril de los senderos,  
donde se imprime en la menuda arena  
el tibio rastro de sus pies ligeros.

O si apunta la luz del día infante  
de Navidad, cuando el rocío es miel,  
se lanzan en un ímpetu anhelante  
por ver al Niño y por jugar con él.

Y juegan armoniosos, arrecidos,  
y cantan embebidos  
coros enardecidos...  
Pide amor —¡entre duelos!— sus júbilos y coros,  
y ellos, ricos del reino de los cielos  
jamás economizan sus tesoros.

En sus almas recónditas se inicia  
una virtud humana que aún se esconde;  
mas cuando llega la ocasión propicia  
y un genio llama, esa virtud responde...

\*

¡Niños! He aquí la luz del día eterno  
de Navidad, cuando el rocío es miel.  
¡Id hacia el mundo en ímpetu fraterno  
por ver al Niño... y jugaréis con Él!

*[La Ceiba, Honduras, diciembre de 1912]*

## Canción del tiempo y el espacio

El dulce niño pone el sentimiento  
entre la pompa de jabón que fía  
el lirio de su mano a la extensión.

El dulce niño pone el sentimiento  
y el contento en su pompa de jabón.

Yo pongo el corazón —¡pongo el lamento!—  
entre la pompa de ilusión del día,  
en la mentira azul de la extensión...

El dulce niño pone el sentimiento  
y el contento. Yo pongo el corazón...

## Canción de un azul imposible

Hacia el jardín de ayer de la ilusión,  
entre las brumas de la edad,  
echo a volar mi corazón.  
Consumido por la pasión  
quiero volver a la infantilidad.

Escueto, triste, duro corazón,  
ebrio del acre vino de la edad,  
envuelto en negras llamas de pasión:  
has de volver a la infantilidad,  
roto, cansado, viejo corazón.

¡Oh, sí! Volver a la infantilidad,  
hacia el jardín azul de la ilusión...  
¿Y cómo ir entre las brumas de la edad,  
perdida ya la sencillez del corazón?

## La infanta de las maravillas

Un día en mi niñez. Crepúsculo inefable,  
y, sin saber por qué, yo en la campiña profunda.  
Brillaban unas flores en toda la campiña,  
y absorto en mis cinco años, temblando interrogué:  
—¿Madre, qué flor es ésta? —La flor de las maravillas...

Un día en mi niñez, y sin saber por qué...

De súbito hacia el fondo del campo enardecido,  
una Infantina esbelta, una niña inasible,  
que era las maravillas y el crepúsculo.  
Mi madre iba colmando de flores un copón,  
y entre las maravillas, en medio del crepúsculo,  
la niña esbelta, la veste blanca y rojiazul el pañolón.

Mas luego, andando un poco la noche y la pradera,  
con voces impasibles dijo mi madre abuela:  
—“Donde se ve ese surco de hierba nací yo:  
¡no quedan ya ni aun tapias!... ¡La hierba es altamiza!...”  
Silencio... Un gran silencio.  
Hierba de las ruinas...  
Llanto de lo inefable preñaba mis pupilas.  
La Infanta me dio un beso y el llanto desbordó.

En medio de las ruinas ataban maravillas  
a la luz de la luna.

\*

Después, andando el tiempo, la vida y los países,  
vi mil cosas... Vi arder la tierra en-su extensión.  
Paisajes de montañas, doncellas que suspiran,  
danzar entre guirnaldas... La mies ya está madura  
y al júbilo es el día, la noche a la pasión.  
Entre coros de jóvenes, yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta? —¿Cuál Infanta?  
—La Infanta de las maravillas.

Y andando, andando el dulce tiempo juvenil  
vi el monte dar la miel de sus colmenas. La alegría,  
como la miel del monte, no cesa de fluir.  
Un beso conmovido, la luna y las guitarras,  
ávido el corazón, insaciado, encendido,  
la mano firme, un freno de oro a la ilusión...  
¡Oh júbilo exaltado! La vida es la alegría  
y su aleatorio impulso nos lleva el corazón.  
El vino loco al declinar el día...  
y entre coros de jóvenes yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta? —¿Cuál Infanta?  
—La Infanta de las maravillas.

Y al cabo, estar colmadas las noches de infortunio.  
¡Qué silencio tan lóbrego! ¡Qué frío el corazón!  
En la noche sin sueño en que croan las ranas,  
qué fantasmas y cuánto delirio que pasó...

Un vino aurifulgente, de ensueño mortecino...  
Un aroma que huye, la viola encantada,  
la seda tornasol, la miel de la granada,  
y un anhelo que no lo colma nada...  
Entre tapias rotas, la lúgubre altamiza:  
sangrando en sus ruinas mi propio corazón...  
Y en medio de mi pena, yo siempre me decía:

—¿Dónde estará la Infanta? —¿Cuál Infanta?

—La Infanta de las maravillas.

## Valor

Yo tuve ya un dolor tan íntimo y tan fiero,  
de tan cruel dominio y trágica opresión,  
que a tientas, en las ráfagas de su huracán postrero  
fui hasta la Muerte... Un alba se hizo en mi corazón.

Bien sé que aún me aguardan angustias infinitas  
bajo el rigor del tiempo que nevará en mi sien;  
que la alegría es lúgubre; que rodarán marchitas  
sus rosas en la onda de lúgubre vaivén.

Bien sé que, alucinándome con besos sin ternura,  
me embriagarán un punto la juventud y abril;  
y que hay en las orgías un grito de pavora.  
tras la sensualidad del goce juvenil.

Sé más: mi egregia Musa, de hieles abrevada,  
por el fatal destino de dioses engañada,  
en noches sin aurora y en llantos de agonía  
ya no creerá en nada... ni aún en la Poesía...

¡Y estoy sereno! En medio del oscuro "Algún día",  
de la sed, de la fiebre, de los mortuorios ramos  
—¡el día del adiós a todo cuanto amamos!—  
yo evocaré esta hora y me diré a mí mismo,  
sonriendo virilmente: —"Poeta, ¿en qué quedamos?"

Y llenaré mi vaso de sombras y de abismo  
¡el día del adiós a todo cuanto amamos!

## Sabiduría

Nada a las fuerzas pródidas demando,  
pues mi propia virtud he comprendido.  
Me basta oír el perennal ruido  
que en la concha marina está sonando.

Y un lecho duro y un ensueño blando;  
y ante la luz, en vela mi sentido  
para advertir la sombra que al olvido  
el ser impulsa y no sabemos cuándo...

Fijar las lonas de mi móvil tienda  
junto a los calcinados precipicios  
de donde un soplo de misterio ascienda;

y. al amparo de númenes propicios  
en dilatada soledad tremenda  
bruñir mi obra y cultivar mis vicios.

# La dama de cabellos ardientes

## I

Decíame cantando mi niñera  
que a mi madrina la embrujó la luna;  
y una Dama de ardiente cabellera  
veló mi sueño en torno de mi cuna.  
Su cabellera, cauda sombría,  
ondeando al viento, ondeando al viento,  
ardía, ardía.

Ya en las tórridas noches, si derrama  
su efluvio un huerto y me mitiga un lloro,  
y en mi sueño de párvulo se inflama  
un astro azul de abéñulas de oro.

Ya en el viaje feliz por los senderos  
que moja un agua  
de tenues hálitos,  
entre brillos de aurora,  
trinos de pájaros  
y muchas lágrimas...  
(¡Oh, el viaje a Santa Rosa, sobre oro edificada!  
Se ven las torres...  
Bordeando los senderos  
granán mortíños,  
crecen romeros...)

Ya en los juegos del Tenche, cuando llena  
olor sensual la bóveda enramada,  
vuela un mirlo, arde un monte, muere un día:  
ya en la aldea de incienso sahumada,  
donde el melodium en el templo suena  
y el alma vespéral responde: ¡Ave Maria!

O en San Pablo, de guijas luminosas,  
no visto pez, guayabas ambarinas,  
platanares batidos con lamento  
y un turpial que en la hondura se ha callado.

En cada instante mío, en cada movimiento  
—su cabellera un fuego desatado  
y ondeando al viento—,  
ella estaba a mi lado.

## II

Mirífica, invisible, muellemente,  
sus manos aliñaban la blandura  
de mi carne, volando por mi frente  
con suave mimo de fruición impura...  
Luego, cuando la luna iba llenando  
y era azúleo el infante en su blancura,  
o cuando llueve, o yo no supe cuándo.  
fue su beso en su dádiva  
mi primera ambrosía,

y vi el mundo como una granada  
que se abría.

La Dama de cabellos encendidos  
transmutó para mí todas las cosas,  
y amé la soledad, los prohibidos  
huertos y las hazañas vergonzosas.

¡Qué grato el beso  
de un labio en llamas!  
¡Qué intenso el fruto  
de las tinieblas!

Oía un trino y su espiral me abría  
caminos de ilusión al claro monte,  
al claro cielo absorto en la extensión...  
Mas al tornar del viaje vagaroso  
por la escala de lumbre de una estrella,  
me hundía nuevamente en el moroso  
deleite en soledad: ¡Solo con Ella!

Y pasaba, envolviéndome, el espíritu  
de una honda, radiante poesía;  
y en hazaña ideal, por lauro y mirto  
iba mi desatada fantasía.

¡Yo volvería!

Luna en San Pablo, novia de siempre,  
yo volvería, aún en abril...

Y entre las auras de los maizales  
que enjugan lágrimas,  
iba a partir.

Mas la Dama, sortílega a mi lado,  
besó mi boca: ¡oh fruto llameante,  
de mil íntimas mieles penetrado  
por misterio marino y montesino!...  
Y en la onda rubia de la luz ligera,  
dorando mi camino  
iba su cabellera.

¡Oh, si entonces mi sangre refluyera,  
y, manando del cuerpo como un vino  
que se vierte, mi lúgubre jornada  
fuera no más vertiginoso instante  
de aquel vago crepúsculo ambarino!  
Ella me fascinó con la mirada;  
y por hondos jardines irreales,  
en la onda rubia de la luz ligera  
dorando mi camino  
iba su cabellera.

Cantaba suavemente: —“Yo he mullido  
tu carne con mis manos prodigiosas,  
y por ellas tu lira da un lamento  
a cada sensación, como las rosas  
a cada brisa un poco de su aliento.

“Pudiste ser el árbol sin la flama,  
caduco en su ruindad y en su colina,  
y eres la hoguera espléndida que inflama  
los tules de la noche y la ilumina.  
O el barro, sordo y gris en que no encuentra

ni un eco fiel el trémolo del mundo;  
y eres el caracol, donde concentra  
y fija el mar su cántico profundo.

“¡Todo por mí! Por la virtud secreta  
que mis óleos balsámicos infunden,  
rozando apenas la materia oscura,  
y que sobre las sienes del poeta  
el verde claro del laurel augura.  
¡Todo por mí! La ardiente cabellera  
flota en los manantiales de la vida,  
y por mí, como un bosque en su pradera,  
la Muerte está de niños frutecida”.

### III

Silbaban sus palabras como víboras  
de fuego llameantes, arrecidas,  
y las sutiles lenguas de las víboras  
destilaban dulzores homicidas.  
¡Cómo me conmoví! Sobre las hierbas  
sudor de sangre  
marcó mis huellas.

Mas la Dama me ahondó tan blandamente  
por el muelle jardín de su regazo,  
tan íntima en la sombra refulgente  
me ciñó las guirnaldas de su abrazo,  
que me dormí, dolido y sonriente.

Me envolvió en su cabellos  
ondeantes y rojos,  
y hallé el deleite en ellos,  
entornados los ojos.

Colinas del pudor, de nieblas azulinas;  
río del arte, ondas peregrinas,  
sepulto en las montañas diamantinas;  
mar del saber, mar triste, mar acerbo...  
Todo lo vi. Laurel, ternura, calma,  
todo pudo ser mío. Y la inefable gloria,  
el silencioso gusto  
del esfuerzo fallido en la victoria...

Mas la Dama me ahondó tan blandamente  
por el muelle jardín de su regazo,  
tan íntima en la sombra refulgente  
me ciñó las guirnaldas de su abrazo,  
que me dormí, dolido y sonriente.  
Me envolvió en su cabellos  
ondeantes y rojos,  
y está la Muerte en ellos,  
insondables los ojos...

## Canción ligera

Si acongoja un dolor a los humildes,  
o si miran un valle, un monte, un mar,  
dicen tal vez: "Dichosos los poetas  
porque todo lo pueden expresar".

¡Ah! Pero en el misterio en que vivimos,  
la cotidiana y múltiple emoción,  
como no encuentra un ritmo que la cante,  
se ahoga en el sepulto corazón.

Y están sin voz el oro de los trigos,  
el son del viento en pugna con el mar,  
la luz que brilla, el grito que se apaga  
y el llanto de la noche en el palmar.

Y están sin voz, perennemente mudos,  
sin quién venga su espíritu a decir,  
el sol, la brizna, el niño y el terrible  
prodigio de nacer y de morir.

Y nosotros, los míseros poetas,  
temblando ante los vértigos del mar,  
vemos la inexpresada maravilla,  
y tan sólo podemos suspirar.

## Lamentación de octubre

Yo no sabía que el azul mañana  
es vago espectro del brumoso ayer;  
que. agitado por soplos de centurias  
el corazón anhela arder, arder.  
Siento su influjo, y su latencia, y cuando  
quiere sus luminarias encender.

Pero la vida está llamando,  
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que tu sol, ternura,  
da al cielo de los niños rosicler,  
y que, bajo el laurel, el héroe rudo  
algo de niño tiene que tener.  
¡Oh, quién pudiera de niñez temblando;  
a un alba de inocencia renacer!

Pero la vida está pasando,  
y ya no es hora de aprender.

Yo no sabía que la paz profunda  
del afecto, los lirios del placer,  
la magnolia de luz de la energía,  
lleva en su blando seno la mujer.  
Mi sien rendida en ese seno blando,  
un hombre de verdad pudiera ser...

¡Pero la vida está acabando,  
y ya no es hora de aprender!

## Cintia deleitosa

Como una flor arcana, llameando  
bajo el turquí del cielo apareció.  
Fue su amor mi almohada matutina;  
su seno azul, de gota coralina  
en el pezón, de noche mi almohada.

Y era esencia tan dulce y regalada  
la de su carne en flor, la de su boca  
por enjambres de besos habitada,  
la de su axila —¡leche con canela!—  
que un ansia de gozada me extenuó.

Cintia concentra la onda de la vida.  
El campo es de ella y grana para ella.  
Mi sangre está en su carne consumida;  
su alma radia con mi luz ardida,  
y ella está en mí porque yo estoy en ella.

—Dame tu axila —¡leche con canela!—  
Dame tu beso, dámelo, y la lengua  
fina y caliente y roja y ternezuela...

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!  
Fatiga dulce... Letal desvarío...

—¡Ay! ¡Ay!. ¡Ay!  
No más, amorcito mío,  
que me muero...

## Futuro

Decid cuando yo muera... (¡y el día esté lejano!):  
Soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,  
en el vital deliquio por siempre insaciado,  
era una llama al viento...

Vagó, sensual y triste, por islas de su América;  
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;  
la tierra mexicana le dio su rebeldía,  
su libertad, sus ímpetus... y era una llama al viento.

De simas no sondadas subía a las estrellas;  
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;  
fue sabio en sus abismos —y humilde, humilde, humilde—,  
porque no es nada una llamita al viento...

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,  
que nunca humana lira jamás esclareció,  
y nadie ha comprendido su trémulo lamento...  
Era una llama al viento y el viento la apagó.

*[Guatemala, 29 de julio de 1923]*

## Un hombre

Los que no habéis llevado en el corazón el túmulo de un dios  
ni en las manos la sangre de un homicidio;  
los que no comprendéis el horror de la conciencia ante el Universo;  
los que no sentís el gusano de una cobardía  
que os roe sin cesar las raíces del ser,  
los que no merecéis ni un honor supremo  
ni una suprema ignominia:

Los que gozáis las cosas sin ímpetus ni vuelcos,  
sin radiaciones íntimas, igual y cotidianamente fáciles;  
los que no devanáis la ilusión del Espacio y el Tiempo,  
y pensáis que la vida es esto que miramos,  
y una ley, un amor, un ósculo y un niño;  
los que tomáis el trigo del surco rencoroso,  
y lo coméis con manos limpias y modos apacibles;  
los que decís: "Está amaneciendo"  
y no lloráis el milagro del lirio del alba:

Los que no habéis logrado siquiera ser mendigos,  
hacer el pan y el lecho con vuestras propias manos  
en los tugurios del abandono y la miseria,  
y en la mendicidad mirar los días  
con una tortura sin pensamientos:

Los que no habéis gemido de horror y de pavor,  
como entre duras barras, en los abrazos férreos  
de una pasión inicua,  
mientras se quema el alma en fulgor iracundo,

muda, lúgubre,  
vaso de oprobio y lámpara de sacrificio universal,

¡Vosotros no podéis comprender el sentido doloroso  
de esta palabra: UN HOMBRE!

# Canción de la vida profunda

*El hombre es cosa vana, variable y  
ondeante...*

MONTAIGNE

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,  
como las leves briznas al viento y al azar.  
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonrío.  
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,  
como en abril el campo, que tiembla de pasión:  
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,  
el alma esta brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...  
—¡niñez en el crepúsculo!, ¡lagunas de zafir!—  
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,  
y hasta las propias penas nos hacen sonreír.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,  
como la entraña oscura de oscuro pedernal:  
la noche nos sorprende con sus profundas lámparas,  
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,  
que nos depara en vano su carne la mujer:

tras de ceñir un talle y acariciar un seno,  
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,  
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.  
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,  
y acaso ni Dios mismo nos pueda: consolar.

Mas hay también ¡oh Tierra! un día... un día... un día  
en que levamos anclas para jamás volver...  
Un día en que discurren vientos ineluctables.  
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!

*[La Habana, 1914]*

## Elegía platónica

Amo a un joven de insólita pureza,  
todo de lumbre cándida investido:  
la vida en él un nuevo dios empieza,  
y ella en él cobra número y sentido.

Él, en su cotidiano movimiento  
por ámbitos de bruma y gnomo y hada,  
circunscribe las flámulas del viento  
y el oro ufano en la espiga enarcada.

Ora fulgen los lagos por la estría...  
Él es paz, en el alba nemorosa.  
Es canción en lo cóncavo del día.  
Es lucero en el agua tenebrosa...

[1932]

# Canción de la noche diamantina

*En la muerte del gran poeta  
Ramón López Velarde.*

Musa solar, con nardos irreales  
el cielo niño del abril decora;  
y... éste era el huerto de una reina mora  
y un lirio que la aurora aljofaró.  
Pero mi corazón balbuce ante la aurora:  
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

El tiempo fluye, la ilusión dilata  
su onda azul y en lo real confluye.  
¡Noches de montesina serenata,  
la lágrima, el deliquio y el “tú-y-yo”!  
Pero mi corazón modula rima ingrata:  
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La antorcha crepitante está en el viento  
y de siglos a siglos va encendida;  
la Muerte sopla su huracán violento,  
y fulge más la antorcha de la vida:  
¿un niño en este instante los ojos no entreabrió?  
Pero mi torvo corazón no olvida:  
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Amor, por tu delicia y tu frecuencia,  
por los valles letárgicos de la carne encantada

—de un humo azul la blándula almohada,  
de un prócer vino la brumosa esencia—,  
sosiégase en la noche la frente conturbada.  
Aún la alondra no canta todavía  
ni mueve sus saetas el reló.  
Pero mi corazón solloza en su alegría:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Y al fin, quietud... El mortuorio túmulo  
loas lúgubres, flores, oro póstumo,  
y, en mármol negro, el Numen desolado.  
Con sus manos violáceas, en la tarde riente  
ya mi ansiedad la Muerte apaciguó.  
Alguien diga en mi nombre, un día, vanamente:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

*[México, 19 de junio de 1921]*

## La reina

En nada: creo, en nada... Como noche iracunda  
llena del huracán, así es mi "Nada".

En su fuente profunda  
mi estirpe fue de hieles abrevada.

Solloza en mi razón un soplo frío  
que antiguo brío hiela en la inacción.  
¡Desprecio de mí mismo: estoy llagado!  
¡Desprecio de mí mismo: has gangrenado  
mi corazón!

Ni un albo amor, ni un odio me estremece,  
forma ciega en negrura ilimitada;  
y a ritmo y ritmo el corazón parece  
decir muriendo: "Nada... nada..."

Mi Musa fue de dioses engañada.

Al aura errante, al lampo del lucero,  
al tremulante amor de un joven marinero,  
en la noche de caudas opalinas pregunto:  
"¿Qué enigma está en vosotros?" Y responde  
—por mi carne de cirios alumbrada—  
mi Musa en sus laureles desolada:  
—Nada...

¡Oh Reina, rencorosa y enlutada!

## Primera canción de la soledad

Valle fértil, con ojos azules  
que el rumor del juncal adormece,  
si expira en los juncos un aura lontana;  
fácil coro de aplausos que mece  
con moroso ritmo la musa liviana;  
un laurel... y la hembra en la umbría  
a mi voluntad soberana...

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Impúber flautista de rostro florido  
que a la luz de un candil imbuido...  
—era invierno, nublosa mañana—  
rindiose a mi ardor sin sentido...  
Viaje loco, locuras innúmeras,  
y, contra la Muerte, coros de alegría...  
Flautista del Norte, la orgía pagana,  
pavor en la orgía...

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Dolor sin vocablos, abscóndito, ardiente;  
guirnalda de oprobios que abrumba la frente,  
y un lloro en la noche que un astro redime...  
¡Mis ojos no vean el solemne día  
en que ya la Gloria mi nombre sublime!  
Dolor, oblación, poesía, corona lejana...

¡Alma mía, qué cosa tan vana!

Silente en las sombras, el ímpetu libre  
hurtado a la impura materia,,  
¡es ya el Azul!, ¡es ya la paz de Dios!  
Los ámbitos llena feliz pensamiento  
que impele a la lumbre del día  
el Vuelo del ala, y el ala del viento;  
y empieza a fluir, extrahumana,  
la suprema inmortal Alegría...

¡Alma mía, alma mía, alma mía,  
qué cosa tan vana!

## Estancias

El aire es tierno, lácteo, da dulzura.  
Miro en la luz vernal arder las rosas  
y gozo de su efímera ventura...  
¡Cuántas no se abrirán, aun más hermosas!

Estos que vi de niños han trocado  
en ardor sus anhelos inocentes,  
y se enlazan y ruedan por el prado...  
¡Cuántos no se amarán, aun más ardientes!

La tarde está muriendo, y el marino  
soplo rasga sus velos y sus tules,  
franjados por el ámbar ponentino...  
¡Cuántas no brillarán, aun más azules!

## Balada de la loca alegría

*Polvo de Pericles, polvo de Codro,  
polvo de Cimón...*

(SOBRE UN TEMA DE LA ANTOLOGÍA GRIEGA)

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—  
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—  
soy un perdido —soy un marihuano—  
a beber, a danzar al son mi canción...

Ciñe el tirso oloroso, tañe el jocundo címbalo.  
Una bacante loca y un sátiro afrentoso  
conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso.  
Atenas brilla, piensa y esculpe Praxiteles,  
y la gracia encadena con rosas la pasión.  
¡Ah de la vida parva que no nos da sus mieles  
sino con cierto ritmo y en cierta proporción!  
¡Reíd, danzad al soplo de Dionisos que embriaga el corazón!  
¡La Muerte viene, todo será polvo  
bajo su imperio: polvo de Pericles,  
polvo de Codro, polvo de Cimón!

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—  
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—  
soy un perdido —soy un marihuano—  
a beber, a danzar al son mi canción...

De Hispania fructuosa, de Galia deleitable,  
de Numidia ardorosa, y de toda la rosa  
de los vientos que beben las águilas romanas,  
venid, puras doncellas y ávidas cortesanas.  
Danzad en voluptuosos, lúbricos episodios,  
con los esclavos nubios, con los marinos rodios.  
Flaminio, de cabellos de amaranto,  
busca para Heliogábalo en las termas  
varones de placer... Alzad el canto,  
reíd, danzad en báquica alegría  
y haced brotar la sangre que embriaga el corazón.  
¡La Muerte viene, todo será polvo:  
polvo de Augusto, polvo de Lucrecio,  
polvo de Numa, polvo de Nerón!

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—  
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—  
soy un perdido —soy un marihuano—  
a beber, a danzar al son mi canción...

Aldeanas del Cauca con olor de azucena;  
montañesas de Antioquia, con dulzor de colmena;  
infantinas de Lima, unciosas y augurales,  
y princesas de México, que es como la alacena  
familiar, que resguarda los más ricos panales;  
y mozuelos de Cuba, lánguidos, sensuales,  
ardorosos, baldíos,  
cual fantasmas que cruzan por unos sueños míos;  
mozuelos de la grata Cuscatlán —¡oh ambrosía!—  
y mozuelos de Honduras,

donde hay alondras ciegas por las selvas oscuras:  
entrad en la danza, en el feliz torbellino;  
reíd, jugad al son de mi canción;  
la piña y la guanábana aroman el camino  
y un vino de palmeras aduerme el corazón.  
¡La Muerte viene, todo será polvo:  
polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,  
polvo en la urna, y, rota ya la urna,  
polvo en la ceguedad del aquilón!

Mi vaso lleno —el vino del Anáhuac—  
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—  
soy un perdido —soy un marihuano—  
a beber, a danzar al son mi canción...

La noche es bella en su embriaguez de mieles,  
la tierra es grata en su cendal de brumas;  
vivir es dulce, .con dulzor de trinos;  
canta el amor, espigan los donceles,  
se puebla el mundo, se urden los destinos...  
¡Que el jugo de las viñas me alivie el corazón!  
¡A beber! ¡A danzar en raudos torbellinos,  
vano el esfuerzo, inútil la ilusión!

## Envío

A ti que me reprochas el arcano  
sentido del amor que está en mi verso,  
fúlgido y hondo, lúgubre y arcano,

te hablo en la triste vanidad del verso.  
Tú en la Muerte rendido, yo en la Muerte,  
ni un grito apenas del afán del mundo  
podrá hallar eco en la oquedad vacía.  
El Polvo reina, el Polvo, el Iracundo...

¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!

# Canción del día fugitivo

(EN LA CORTE DE NICOMEDES DE BITINIA)

Como en Sodoma un día, nuestro día  
es para el goce estéril;  
y tú tienes ¡oh lamma!, ¡oh carne mía!  
toda la melodía del instante  
en la blancura azul de tu semblante.

Déjame que circunde  
tu frente con mis besos.

Por quién sabe qué sinos de la hondura,  
\_acaso por qué númenes divinos,  
al cantar las alondras a Eva pura  
oí el cantar, y confundí los trinos.

Y fueme el día gárrulo mancebo  
de íntima albura, y ojiazul, y tibio,  
y fueme el viento  
y el mar ambiguo...

El amor en mi sangre se hacía llamaradas.  
Mis sienes vi de lampos circundadas.  
En mi jardín precipitaron sus mieles las granadas.  
Fulgían los luceros, afluían las hadas,  
y yo quise volar a cumbres nunca holladas.

Pero mi ardor interno me fue melancolía.  
Todo el humano impulso lo circunscribe el día  
—él pequeñuelo círculo del día—  
burbuja de ilusión, burbuja vana  
en que flotas ¡oh lamma!, ¡oh carne mía!  
y que es ahora y no será mañana...

\*

Recuerdo vagamente, como en sueños  
se evoca a veces un antiguo ensueño.  
Bajo el ala de luz del alba pura  
que anuncia el parto místico del día,  
tu mano azúlea, de viril factura,  
guiaba el carro en la extensión madura  
del valle, que el octubre desceñía.

Un viento, un viento hería el espigal,  
y el rumor de las eras en el viento  
tras el viento salíalo a alcanzar.

Con su oro viejo, líquenes ducales  
historiaban del álamo los nudos,  
y había una asamblea de zorzales  
por los racimos, castos y desnudos.

Un viento, un viento hería el espigal,  
y el rumor en el viento, tras el viento,  
era como un plañir y un no lograr.

A sus rejas, la novia del labriego,  
fértil y matinal, vimos ceñida:  
la besa él y la colora luego  
rubor de amor ¡oh poma de la vida!

Y cantas tú, ¡oh lamma! Y el son del espigal,  
la onda eólea, el melódico fluir,  
¡suéñanme a un no decir y un sí otorgar!  
Suspenso yo del amoroso instante,  
tu acto primo, original y bello,  
húmedo de la leche azul del día  
y aun en sus nieblas matinales trémulo,  
quise en su maravilla eternizar,  
con su fluir,  
con su ondular,  
entre el rumor  
del espigal,  
en la dulzura  
del vivir.

¿Dónde está mi visión: el parto místico,  
el oro del octubre, el carro, el día,  
tu voz dilecta, tu ademán jocundo;  
en fin, la realidad suma y perfecta  
de aquella hora del mundo,  
con su fluir,  
con su ondular,  
entre el rumor  
del espigal,

en la dulzura  
del vivir?

\*

Como el tono del mar cuaja en la perla,  
cuaje en esta canción aquel rumor:  
sea un lamento  
que va en el viento  
por mi temblor y mi dolor  
el día dulce de tu amor!

\*

¡El día! ¡El día! Su ligera túnica,  
guarnecida de iris de burbujas,  
sólo deja, al flotar, pavesa triste.  
Amor, Dolor, Ensueño... ¡El Alma  
era grande y el día era pequeño!

Pero como en Sodoma, nuestro día  
es para el goce estéril;  
y ni tienes ¡oh lamma!, ¡oh carne mía!  
toda la melodía del instante  
en la blancura azul de tu semblante...

## Los desposados de la muerte

Michael Farrel ardía con un ardor puro como la luz.  
Sus manos enseñaban a amar los lirios  
y sus sienes a desear el oro de las estrellas.  
En sus ojos bullían trémulas luces oceánicas.  
Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla,  
suave, y fragante y musical.  
Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,  
parecían temblar las alas de un ángel.

Emiliano Barba-Jacob era muy sencillo  
y tenía una infantilidad inagotable.  
Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,  
fluía por las escarpas de mi madurez  
como fluye por el cielo la leche del alba.  
Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida  
me pareció que me envolvía el rumor de una selva,  
y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.  
¡Hay almas tan melódicas como si fueran ríos  
o bosques a las orillas de los ríos!

Guillermo Valderrama era indolente y apasionado;  
pero la vida, como un licor de, bajo precio,  
le producía una embriaguez innoble.  
Sus formas pregonaban el triunfo de una estirpe.  
Había en su voz un gluglú redentor  
y su amante le llamó una vez “El Príncipe de las hablas de agua”.

Leonel Robledo era muy tímido  
bajo una apariencia llena de majestad.  
En el recóndito espejo de su ternura  
se le reflejaba la imagen de una mujer.  
Toda su fuerza era para el ensueño y la evocación.  
Le vi llorar una vez por males de ausencia,  
y me dije: ¡hay una tempestad en una gota de rocío,  
y, sin embargo, no se conmueven los luceros!

Stello laladaki era armonioso, rosado y azul  
como las islas de Grecia y como los mares que las ciñen.  
Efundía del mundo algo irreal, risueño y fantástico.  
Se le miraba como marchando desde las playas de ensueño  
que rozaron las quillas de Simbad el Marino,  
hacia las vagas latitudes  
por donde erró Sir John de Mendeville.  
Cuando le conocí tuve antojo de releer la Odisea,  
y por la noche soñé en el misterio de las espigas.

¡Evanaam! ¡Evanaam!

Juan Rafael Agudelo era fuerte. Su fuerza trascendía  
como trascienden los roncros ecos del monte a los pinos.  
Alma laboriosa, la soledad era su ambiente necesario.  
Sus ilusiones fructificaban como una floresta  
oculta por los tules del "todavía-no".  
Sus palabras revelaban la fuerza de la Realidad,  
y sus actos tenían la sencillez de un gajo de roble.

*[Ciudad Juárez, 1919]*

## El son del viento

*E a postremas, viene un grand viento,  
que todo lo lieva.*

EL LIBRO DE LOS GATOS

El son del viento en la arcada  
tiene la cave de mí mismo:  
soy una fuerza exacerbada  
y soy un clamor del abismo.

Entre los coros estelares  
oigo algo mío disonar.  
Mis acciones y mis cantares  
tenían ritmo particular.

Vine al torrente de la vida  
en Santa Rosa de Osos,  
una media noche encendida  
en astros de signos borrosos.

Tomé posesión de la tierra,  
mía en el sueño y el lino y el pan,  
y, moviendo a las normas de guerra,  
fui Eva y fui Adán.

Yo ceñía el campo maduro  
como si fuera una mujer,

y me enturbiaba un vino oscuro  
de placer.

Yo gustaba la voz del viento  
como una piñuela en sazón,  
y me la comía... con lamento  
de avidez en el corazón.

Y, alígero esquife al día  
y a la noche y al tumbo del mar,  
bogaba mi fantasía  
en un rayo de luz solar.

Iba tras la forma suprema,  
tras la nube y el ruiseñor  
y el cristal y el doncel y la gema  
del dolor.

Iba al Oriente, al Oriente,  
hacia las islas de la luz,  
a donde alzara un pueblo ardiente  
sublimes himnos a lo azul.

Ya, cruzando la Palestina,  
veía el rostro de Benjamín,  
su ojo límpido, su boca fina  
y su arrebató de carmín.

O de Grecia en el día de oro,  
do el cañuto le daba Pan,

amaba a Sófocles en el coro  
sonoro que canta el Peán.

O con celo y ardor de paloma  
en celo, en la Arabia de Alá,  
seguía el curso de Mahoma  
por la hermosura de Abdalá.

Abdalá era cosa más bella  
que laura y lira y flauta y miel;  
cuando le llevó una doncella,  
¡cien doncellas murieron por él!

Mis manos se alzaron al ámbito  
para medir la inmensidad;  
pero mi corazón buscaba ex ámbito  
la luz, el amor, la verdad.

Mis pies se hincaban en el suelo  
cual pezuña de Lucifer,  
y algo en mí tendía el vuelo  
por la niebla, hada el rosicler...

Pero la Dama misteriosa  
de los cabellos de fulgor  
viene y en mí su mano posa  
y me infunde un fatal amor.

Y lo demás de mi vida  
no es sino aquel amor fatal,

con una que otra lámpara encendida  
ante el ara del ideal.

Y errar, errar, errar a solas,  
la luz de Saturno en mi sien,  
roto mástil sobre las olas  
en vaivén.

Y una prez en mi alma colérica  
que al torvo sino desafía:  
el orgullo de ser, oh América  
el Ashaverus de tu poesía.

Y en la flor fugaz del momento  
buscar el aroma perdido,  
y en un deleite sin pensamiento  
hallar la clave del olvido.

Después un viento... un viento... un viento...  
¡y en ese viento mi alarido!

*[México, Palacio de la Nunciatura, 1920]*

## Elegía del marino ilusorio

(FRAGMENTO DEL DELIRIO DE LA NOCHE EN CULPAN)

Pensando estoy... Mi pensamiento tiene  
ya el ritmo, ya el color, ya el ardimiento  
de un mar que alumbran fuegos ponentinos.  
A la borda del buque van saltando,  
ebrios del mar, los jóvenes marinos.

Pensando estoy... Yo, cómo ceñiría  
la cabeza encrespada y voluptuosa  
de un joven, en la playa deleitosa,  
cual besa el mar con sus 'lenguas el día.  
Y cómo —de él cautivo—, temblando, suspirando,  
contra la Muerte  
su juventud indómita, tierno, protegería.  
Contra la Muerte,  
su silueta ilusoria vaga en mi poesía.

Morir... ¿Conque esta carne cerúlea, macerada  
en los jugos del mar, suave y ardiente,  
será por el dolor acongojada?  
¿Y el ser bello en la tierra encantada,  
y el soñar en la noche iluminada,  
y la ilusión, de soles diademada,  
y el vigor... y el amor... fue nada, nada?

¡Dame tu miel, oh niño de boca perfumada!

## Canción innominada

Ala bronca, de noche entenebrida,  
rozó mi frente, conmovió mi vida  
y en vastos huracanes se rompió.  
¡Iba mi esquiife azul a la aventura!  
¡Compensé mi dolor con mi locura,  
y nadie ha sido más feliz que yo!

No tuve amor, y huían las hermosas  
delante de mis furias monstruosas.  
Lauros negros mi oprobio me ciñó.  
Mas un lúgubre Numen me consuela.  
Vuela el tiempo, mi Numen canta y vuela,  
¡y nadie ha sido más feliz que yo!

De las tumbas humildes se levanta  
leve flor, en el aire un turpial canta  
y la tarde es ya el día: que pasó.  
Muda calma. Temblor; Melancolía.  
¡Todo el dolor y toda la alegría,  
y nadie ha sido más feliz que yo!

## Nueva canción de la vida profunda

Te me vas, torcaza rendida, juventud dulce,  
dulcemente desfallecida: te me vas.  
¡Tiembra en tus embriagueces el dolor de la vida!

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

La mujer y la gloria con puños ternezuelos  
llamaron quedamente a mi alma infantil.  
¡Oh, los primarios ímpetus! ¡Los matinales vuelos!  
Tuve una novia... Me parece que fue en abril.

Yo miraba el crepúsculo  
y creía que eso era el crepúsculo.  
¡Sí, tácita en la noche, la estrella está detrás!  
El Numen de Colombia me dio una rosa bella,  
mas yo pedí el crepúsculo y codicié la estrella...

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

Y escuché que cantaban su canción de ambrosía  
Pisinoe en la onda y en la onda Aglaopea.  
El mundo, como un cóncavo diamante, parecía  
henchido hasta los bordes por la amorosa idea.

Fue entonces cuando advino Evanaam, el dulce  
amigo de mi alma, que no volvió jamás.  
Yo amaba solamente su amistad dulce...

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

Y luego... ser yo el árbitro de mi torpe destino,  
actor en mis tragedias, verdugo de mi honor...  
¡Mi lira tiene el trémolo del caracol marino,  
y entre el dolor humano yo expreso otro dolor!

No te vas, torcaza rendida, juventud dulce,  
dulcemente desfallecida, no te vas:  
¡quiero apurar el íntimo deleite de la vida!

—¿Y nada más?

—Y un poco más...

# En la muerte del poeta

I

*El solar de los lulos de oro*

NIÑEZ

La abuela había podado el huerto.  
Nubes errantes... Lácteoazulino chorro de agua  
entre la etérea bruma del claro día infantil;  
y por la noche, no sé qué aromas entre las ráfagas  
de los eneldos, y los saúcos y el toronjil.  
La abuela había podado el huerto.

Brotaban flores las astromelias de Sopetrán.  
Yo, tremulante, de tiernos años;  
entre mis ángeles y mis sollozos,  
oía el tiempo, de las campanas en el din-dan:  
suena una hora y anda un caballo —traque-que-traque—  
¡como aquel día en que volvieron de Sopetrán!

Una voz melodiosa:

Cuando tú crezcas harás un viaje al Cauca hondo,  
¡duérmete, niño bata-gulungo! —al Cauca hondo—,  
con los botines en el hatillo o en el zurrón.  
Navegaremos en un barquito —¡bata-gulungo!—  
y traeremos al abuelito  
en el caballo del Tipitón...

Duérmete, niño...

## II

### ADOLESCENCIA

Carle-catleyas, tilán-tilancias...

La noche ingenua pasé cantando locas canciones  
frente al prodigio de tus jardines,  
bajo la órbita de arduo misterio de tus balcones  
—catle-catleyas, tilán-tilancias...  
Ya rezagados iban volando mis serafines  
y ardía el cámbulo en las distancias...

Yo te veía por mis ensueños  
peinar, triscando, tu cabellera,  
y en sus aurinos bucles sedeños  
iba viajando mi alma viajera.  
Lloro y canciones fue mi vigilia, fue mi vigilia.  
Si tú lo dudas novia temprana,  
que te lo cuente con labio amargo la bugambilia;  
y sin embargo...  
y sin embargo,  
me voy mañana...

Me voy... Me llaman los senderuelos  
por unas abras que dan a un monte  
que mira a un valle que lleva a un mar.

Para mi novia, tras la .efulgencia del ultramonte,  
gloria y fortuna voy a lograr.

Una voz íntima:

Brazos de púgil forjan ciudades,  
para el que pugna, para el que sueña,  
para el que vence las liviandades.  
La urna del tiempo guarda esplendor.  
Cuando retornes, la pudorosa niña antioqueña  
con sus cabellos mullirá el tálamo del buen amor.  
Para el que labra, para el que sueña,  
la urna del tiempo guarda esplendor...

### III

#### JUVENTUD

La onda estelífera se diluía, ebria de mieles,  
en la tortura de un mediodía primaveral.  
El mundo es vasto. La tierra es brava. La vida es dura.  
Un beso... Un beso, que es ambrosía para el poeta  
en los festines y en los delirios, del ideal,  
y aún brilla lejos la urna repleta.  
¡Lulos de oro! ¡Fiebres del monte! ¡Noches del mar!

Mas de improviso, con repentina mirada atenta  
medí los mundos, miré los hombres, rasgué las cosas,  
y en todo había honda mudez.  
Y —¡oh desvaríos!, ¡oh desvaríos!—

con voz colérica interrogaba: “Espectros vanos, moldes vacíos:  
¿hay que moveros como las piezas del ajedrez?”

Una voz desvaída:

Si a un doncel llora la azúlea niña,  
que a un héroe invicto la musa ciña  
de ósculos dulces la frente triste bajo el laurel.  
Reposa y sueña, que hálito vívido te circunda.  
Bajo los cielos, sobre los campos,  
naturaleza fuerte y jocunda  
te da vigores, te baña en lampos.

#### IV MADUREZ

Y bien ¡ya es hora! Bajo los velos de la apariencia  
baldíamente busqué suprema realización.  
Quimeras vanas, esfuerzo inútil, mentida ciencia,  
que apenas son  
como los vientos en los velámenes, un vago son.  
A ver, luceros; a ver, montañas; a ver, celajes:  
dadme el secreto que se escondía en vuestras formas  
la ley profunda que parecía que os envolvía,  
montañas mudas, celajes mudos...

Algo que sacie... Ráfagas lúgubres  
baten el alma, raen la carne;  
tormentas sordas

de mares lóbregos  
rasgan las velas de mi razón...  
¡Algo que sea norma o destino!  
¡Algo para este anhelo divino  
que va en la onda desconcertada de mi canción!

Unas voces con sonsonete:

*Trastroquémosle la música.  
¡Qué miquito tan ridículo!  
El lo entienda o no lo entienda,  
continúa este espectáculo.  
Trastroquémosle todas sus músicas:  
¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!  
Ps... Ps... Ps... Ps...  
[Qué miquito tan ridículo!*

V  
FINAL

Nada en la bruma, nada en la aurora  
nada en las torres que lleva el viento,  
ni en tus delirios y fantasías, ¡oh juventud!  
Nada en el triste desmayo lento  
hacia la gota, los estertores y el ataúd.  
Cuando me muera, dadme a lo menos un pensamiento  
y atad mis manos con el cordaje de mi laúd.

Que el nudo sea muy apretado  
porque a la muerte se rinde fiero,  
aún rencoroso mi corazón.

El drama ha sido un drama horrible, ruin y frustrado.  
¡Buena partida que me han jugado!  
Yo que creía que ESTO tenía significado  
con la maraña y el embeleco de la ilusión...

Unas voces caritativas:

—Cuando te mueras harás un viaje como este loco...

—De sueños turbios y versos claros estaba loco.

—Tanto soñar...

—Tanto vagar...

—Tanto pecar ...

—El pobre hombre se fue arruinando poquito a poco  
y al fin ha muerto... Ya hiede un poco...

¡Alzad, amigos, alzad y vámosle a sepultar!

*[San Antonio, Texas, 1919]*

# La gracia incógnita

## I

Nube sombría, grávida de noche,  
que enluta los oleajes del invierno,  
así su frente; cejas enemigas  
roban la escasa lumbre a sus ojuelos.  
Y es su sonrisa como un alba fúnebre.  
Y es su ademán como un blandir de hierros.  
La boca innoble y ávida destila  
—fruto de Satanás— hondos venenos.

Mas en la sombra y el callado instante  
del suspirar, del anhelar sereno,  
cuando tiemblan los astros en las aguas  
y está en los pozos el caudal del cielo,  
el hombre aquel inclina la cabeza,  
oye un tumulto lírico en su pecho,  
y sus ásperas formas armonizan  
del mundo con el plácido concierto.

¿En dónde está la gracia  
de un rostro que yo he visto?

## II

Muertos lagos nocturnos, en sus ojos  
la claridad del valle se destiñe,

y la encendida, innumerable tierra  
en borrosos espectros se deslíe.

Las mieles del amor entre sus labios  
congela un viento soporoso y triste;  
opresa de los músculos su alma  
tan sólo amargos pensamientos rige.

Pero después, en las purpúreas horas  
en que la tarde, conmovida, rinde  
sus violetas al mar, y en los pinares  
ardiente soplo de inquietud imprime,  
ella, la joven lóbrega, se incendia  
en albas de suavísimos matices,  
mientras —cautivo de visión gozosa—  
más allá de la tarde un niño ríe...

¿En dónde está la gracia  
de un rostro que yo he visto?

### III

Tétrica faz, indómitos mechones,  
mano inhábil y lúgubre sonrisa...  
Como arroyo que fluye entre los légamos,  
su sangre es tarda, perezosa, fría.  
La ancha cabeza intensa mal sostiene  
los desmedrados hombros; pensaríais

que se engendró del sueño con que tornan  
las viejas de las fúnebres vigiliás.

Pero decidle una palabra dulce,  
de humano amor con óleos prevenida,  
un ritmo que sus nébulas evoque  
la visión de una Cólquide divina,  
y él arderá como el incienso rubio  
puesto a expirar entre las brasas vivas,  
mientras su faz anémica se enciende  
con la hermosura de mil rosas íntimas...

¿En dónde está la gracia  
de un rostro que yo he visto?

## El rastro en la arena

¿Querellas en el viento? ¿Clamor contra la nube  
que se alza y sube y la desgarran un viento?  
¿Congojas porque el nardo del día se extenuó?  
¿Si aún vivo yo! Si aún gozo mi lírico momento,  
la luz, el aura, el amoroso aliento...

Dos fértiles mancebos de Jonia divagaron  
—¡remoto día!—  
—¡fulgente día!—  
por las sensuales playas de Lesbos fervorosa,  
sobre el cristal undívago que al sol reverberaba,  
bajo el turquí lumíneo que el ámbito envolvía...

Írísanse las olas y un gran rumor las llena...

Si fue con los mancebos el goce y la ufanía,  
¿qué importa que no duren sus rastros en la arena?

## Canción en la alegría

¡Oh juventud... y el corazón... y Ella,  
música en el silencio del palmar!  
Brilla en mi cielo temblorosa estrella,  
y el corazón, la juventud y Ella  
me infunden vago anhelo de cantar.

Junio en sus brazos cálidos madura  
de mayo floreal la herencia opima;  
y la onda musical de la luz pura  
truécase en polvo de oro de la rima.

¡Oh juventud... y el corazón... y Ella,  
trémula en el cordaje del laúd:  
Ella florida, Ella enardecida,  
Ella, todo el aroma de la vida  
en la miel de la dulce juventud!

Aún siento impulsos de cantar. El viento  
riega efluvios de Dios por la pradera,  
toda primor de nácar y de trino  
en la infantilidad de la mañana.

—¿Qué es poesía?

—El pensamiento divino

hecho melodía humana...

## Paternidad

Un viejo triste, huraño, sórdido,  
cruzó mi tierra maternal.  
Tras lo turbio de sus pupilas  
hallé tan sólo ruindad.  
¡Cuán malo es! —dije en mí mismo—  
¡que no le vea nunca más!  
Si no reprimo mis cóleras,  
los perros le vaya azuzar.

Después —¡oh hermosura de la vida!—  
de aquel horrible hombre en pos  
iba un niño por el sendero,  
y en el sendero era una flor.  
Un vaso de agua, con voz pura  
me pidió por amor de Dios;  
tembloroso y lleno de lágrimas \_  
dije: ¡Por amor tuyo te la doy!

Era aquel niño vivo y fino  
y lindo cual lirio de abril;  
a través del cristal yo veía  
de su boca el puro rubí.  
—Pequeñuelo, te doy mi granja,  
mi pan, mi afecto: mora aquí.  
—Mi viejo padre gana el pan de cada día  
y es dichoso en mi amor.

Yo comprendí...

¡Oh plenitud! Y desde entonces  
a ningún padre odio jamás:  
toda miseria la redime  
una corona paternal.  
Quien tiene un niño, ha ejercitado  
divinamente el don de crear.

¡Quien tiene un niño sublima el mundo  
y lo nutre de eternidad!

# La hora suprema

## I

El hombre ruin, que a riegos de su frente  
mojó los surcos de heredad extraña;  
que ante el festín espléndido gemía,  
por siempre insatisfecho de migajas,  
ceñido ya de rutilantes joyas  
ante el tumulto pasa,  
y su imprevista claridad deslumbra.  
los ojos tristes y las mentes bárbaras.

Yo, de mis oros íntimos seguro,  
fuerte en mi amor, feraz en mi alegría,  
pienso, temblando en mi cubil oscuro:

—Mi hora no ha llegado todavía...

## II

Aquel amigo de la: azul infancia,  
que parecía triste hasta la muerte,  
al son suave de sensuales músicas  
hoy de la fiesta de sus nupcias vuelve.  
Da el azahar sus cálidos olores...  
Las brisas cantan el ensueño ardiente...  
Amor en corazones y pupilas  
férvidas llamas de ternura enciende...

Pero a futuras bodas convidado  
cuyos fulgores no oscurece el día,  
yo digo en mi rincón abandonado:

—Mi hora no ha llegado todavía...

### III

Tintas aún en la inocente sangre  
las manos, y el laurel sobre los rizos,  
a la ciudad que en júbilos desborda  
entra el guerrero invicto.

Como en lumbres frenéticas, el aire  
treme con la locura de los ritmos,  
mientras —heraldo del honor— un águila  
da sombra al Genio entre marciales himnos.

Yo, la incruenta victoria conquistada  
en mi pecho, radiante de osadía,  
grito desde las sombras de mi nada:

—Mi hora no ha llegado todavía...

### IV

Y ha de venir, sin que mis oros valgan,  
mi amor esplenda ni mi gloria brille,  
pálido espectro que dará a mi carne

sudor de angustia y mortecinos tintes.  
Tendré, por gaje del dolor heroico,  
sus hieles en mi boca que hoy sonrío,  
y un lino de la tierra por sudario  
de mi ambición impetuosa y libre...

Mas al rodar al tenebroso abismo,  
aún clamaré con mi última energía,  
firme en mi ley, seguro de mí mismo:

—MI HORA NO HA LLEGADO TODAVÍA...

## Elegía de un azul imposible

¡Oh sombra vaga, oh sombra de mi primera novia!  
Era como el convólvulo —la flor de los crepúsculos—,  
y era como las *teresitas*: azul crepuscular.  
Nuestro amor semejaba paloma de la aldea,  
grato a todos los ojos y a todos familiar.

En aquel pueblo, olían las brisas a azahar.

Aún bañan, como a lampos, mi recuerdo:  
su cabellera rubia en el balcón,  
su linda hermana Julia,  
mi melodía incierta... y un lirio que me dio...  
y una noche de lágrimas...  
y una noche de estrellas  
fulgiendo en esas lágrimas en que moría yo...

Francisco, hermano de ellas, Juan-de-Dios y Ricardo  
amaban con mi amor las músicas del río;  
las noches blancas, blancas, ceñidas de luceros;  
las noches negras, negras, ardidadas de cocuyos;  
el son de las guitarras,  
y, entre quimeras blandas, el azahar volando...  
Todos teníamos novia  
y un lucero en el alba diáfana de las ideas.

La Muerte horrible —¡un tajo silencioso!—  
tronchó la espiga en que granaba mi alegría:

¡murió mi madre!... La cabellera rubia de Teresa  
me iluminaba el llanto.

Después... la vida... el tiempo... el mundo,  
¡y al fin, mi amor desfalleció como un convólvulo!

\*

No ha mucho, una mañana, trajéronme una carta.  
¡Era de Juan-de-Dios! Un poco acerba,  
ingenua, virilmente resignada:  
refería querellas  
del pueblo, de mi casa, de un amigo:  
“Se casó; ya está viejo y con seis hijos...  
La vida es triste y dura; sin embargo,  
se va viviendo... Ha muerto mucha gente:  
don David... don Gregorio... Hay un colegio  
y hay toda una generación nueva.  
Como cuando te fuiste, hace veinte años,  
en este pueblo aún huelen las brisas a azahar...”

\*

¡Oh Amor! Tu emblema sea el convólvulo,  
la flor de los crepúsculos!

*[Guadalajara, 1921]*

## Imágenes

Algo queda del hombre antiguo  
que hubo en mí,  
tan cercano,  
tan lejano,  
algo queda del hombre antiguo...

A veces, reclinado junto al balcón, contemplo  
el bermellón del lienzo de lumbres del Ocaso  
el azul virginal, la nube, el sol, el ámbito...  
Me miro en mí... La proyección etérea  
de mi sombra en la luz hacia los montes...

Montes de Guatemala...

Me miro, miro el mundo, y aun escucho  
vibrar el aire, arder —¡amar!— de pensamiento  
por divinos relámpagos innúmeros cruzado...

Un niño juega en medio de la calle,  
y la luz, refracción en sus cabellos,  
le nimba el puro rostro de destellos.  
Se hunde el sol tras el monte denso y alto;  
y monte y sol —¡la Realidad!, ¡la Realidad!—  
son un reflejo, una ilusión  
entre los oros de mi espejo...

¡Qué claro el éter  
de Guatemala!

Un ímpetu y me elevo:  
¡voy a volar!  
No hay nada del hombre antiguo  
en mí,  
Mi aeroplano veloz, triunfal, sonoro,  
con motor de diamante,  
con hélice de oro...

Mas en el propio instante de la ascensión, arranca,  
trepida en tal impulso la máquina asombrosa,  
y el pecho se hincha del dolor proscrito...

¿Es miedo a esa inmersión  
en el hondo, callado, musical Infinito?

Algo queda del hombre antiguo...

## Asfaltite

Cuentan que las manzanas de Asfaltite,  
ya en su oblación final, son de ceniza el corazón.

¡Oh fuerte!,  
y ¡oh débil! Tu mano  
lanza los gerifaltes del anhelo,  
rotura el tiempo y siembra trigales de ilusión;  
y mientras van volando las aves a la hazaña,  
y las colinas  
las ciñen los arroyos de ajorcas musicales,  
tú, al apremio del ávido sentido,  
insaciado en las fiestas nupciales,  
en el lecho de amor estás rendido.

Hay en la plenitud de la mañana  
un inútil rebase. Bruma densa  
vendrá a cubrir el farallón lontano,  
y la noche en la luz, la noche inmensa  
parece que se palpa con la mano.  
¡Ah, cómo vuelca innúmero el instante,  
la hora, que al nacer ya es fenecida;  
y la miel del trigal y el -labio amante  
fue un sueño que se apaga y que se olvida.

Este dulzor de miel  
—esta inquietud, esta zozobra, este rencor—  
¿no tiene de ceniza el corazón?

*[México, verano de 1934]*

## Sueños de Acapulco

Eres falaz ¡oh Numen! La lívida Experiencia  
truncó tu vuelo: se ciñó a tus rumbos  
y hoy yaces en ruinas por el suelo.

En tanto, en la magnolia luminosa  
su albura inviste una mujer soñada,  
y su ardor lo concentra el azahar...

Sobre las playas de la Muerte, un día,  
ella y yo nos pusimos a jugar.

De las guirnaldas de aquel dulce juego,  
un niño adviene: un nardo tremulante.  
Son sus ojos dos gotas de inocencia:  
las gotas diamantinas del amor  
sensual trocado en un sublime amor,  
y copian las praderas azulinas,  
el maternal semblante, los fantasmas  
de los débiles seres que lo amamos...

Ríe con risa tierna el tierno infante...  
Bajan a él, por hilos de ternura,  
las gracias, y los mimos, y los cánticos.

¡Cómo, junto a los ojos pequeñuelos  
y el pequeñuelo corazón latente  
—un ritmo, un ritmo— en noches ominosas  
sentí fluir la ráfaga infinita

de hombres y cosas!  
Unos pasaron, otros sucedieron  
y pasaron...

Vi en torno espectros dulces.  
Oí contar de ensueños que contaban  
abuelos ya difuntos; en los sueños,  
altas torres, ciudades abolidas...  
Oí el rumor de un viento en noche antigua,  
y en un libro de estampas —hace tiempo—  
vi en el agua las sombras de las Náyades...

Sobre las playas de la Muerte, un día,  
la madre viene el niño a amamantar.

*[Chilpancingo, 1933-México, 1939]*

# Elegí de Sayula

*¡Hasta que llovió en Sayula!*

FOLCLORE MEXICANO

## I

Por campos de Jalisco, por predios de Sayula...  
—¡donde llovía a cántaros!— ensueños fui a espigar.  
Cantaban unos jóvenes, y sus bellas canciones  
las muchachas del pueblo salían a escuchar.

Busco una vida simple y, a espaldas de la Muerte,  
no triunfar, no fulgir, oscuro trabajar,  
pensamientos humildes y sencillas acciones  
hasta el día en que, al fin, habré de reposar.

—¡Imaginaciones!

—¡Imaginaciones!

## II

Esta tierra es muy suave, muy tibia, nada infértil,  
y la fecundan largos ríos de dolor.  
Arando, arando iban, cantando unas canciones,  
y yo pensé en Romelia y en su imposible amor.  
Aquí la luz es tan radial, tan tónica, tan clara,  
como eres tú, Romelia: como Guadalajara...

¡Qué maravilla! Huertos que enflora la astromelia,  
en musical silencio perfuman las mansiones...

Vivir aquí, labrando la tierra de Sayula,  
porque me diese un día, a cambio de sudor  
—ya extinta mi inquietud, calladas mis canciones—,  
¡paz!, ¡paz en mis entrañas!, ¡silencio en mi redor!

—¡Imaginaciones!

—¡Imaginaciones!

### III

Ala del tiempo...

Ala del tiempo...

Ha mil años, un pueblo formaría

con polvo de hombres una ruin alfarería...

Romelia dulce, cantan de nuevo las trémulas tonadas,

y en mi frente —un incendio de florestas—

fluye tu cabellera perfumada.

Sayula está de fiesta

porque llovió; la luna sublima los magueyes,

me dan vino, y... ¡México es tierra de elección!

“Mi padre —dice un joven— tiene cinco yuntas de bueyes”.

Cruzan la honda noche ráfagas de maizales,

y un júbilo de júbilos nos llena el corazón.

¡Luces en las cabañas!

¡Canciones por las montañas!

Un lecho de espadañas que abrasará el estío,

y tú, Fantasma bruno, que siempre me acompañas...  
¡Dadme vino y llenemos de gritos las montañas!

—¡Imaginaciones!

—¡Imaginaciones!

#### IV

Bajo el portal caduco vine a buscar sosiego.  
Rendidos de cansancio, en la tierra desnuda  
duermen una mujer, un niño, un labriego.

Se mira arder la noche,  
cuajada de cocuyos.

Sin ningún pensamiento, sin dolor exaltado  
—¡nada más la fatiga de un día: nada más!—  
sobre la tierra dura, desnuda, estoy echado.  
El niño, friolento, comienza a sollozar...  
¡Oh pobre india estúpida: tu hijo está llorando:  
arrúllalo en tus brazos y dale de mamar!

## Cancioncilla

La vida es agua de un áureo río  
y afluye al tiempo su onda de oro;  
y es el mañana como el navío  
en que navega nuestro tesoro.

Lanzas ¡oh Muerte!, tu soplo frío  
y paralizas  
la onda móvil del áureo río;  
y en el vacío  
se hunde el navío  
en que navega  
nuestro tesoro.

¡Corran tus aguas, sagrado río,  
y afluya al, tiempo tu onda de oro!

## La hermana

La tarde perlina, de azúleos cabellos,  
muchacha romántica;  
yo, deshecho en lágrimas,  
niño consentido.

En mi llanto las casas y el pueblo se han hundido.  
¡Tal vez las astromelias. florecerán mañana!  
En un árbol que canta un mido forma el nido,  
va un príncipe a buscado, el mirlo está escondido,  
y mi madre me arrulla y estoy adormecido.

La tarde que iba jugando  
—hermana de . azúleos cabellos—  
se acuesta a mi lado.  
Y mi madre a los dos nos ha besado.

*[Guatemala. 1923]*

## Canto a Barranquilla

Elogio tus claros y augustos blasones,  
ciudad de las gárrulas brisas y el sol llameante;  
y la miel acendrada de los corazones  
que nutre de amor y de fuerza tu ritmo constante.  
Y el cielo bruñido en la gloria del trópico,  
y el hondo rumor de lejanas mareas  
que mueve tus noches oscuras,  
y aquellos rincones de amigos y pródigos huertos  
que abaten las dulces ciruelas maduras.

Tus mujeres de intensa mirada,  
de alegre discurso, de franco reír matutino;  
la línea ondulante del torso y los brazos en ámbar labrada,  
y en toda su carne trémula y nerviosa  
un olor de campo y un dejo de vino.

Y tus hombres jóvenes que evocan figuras  
animadas de un bronce antiguo;  
que señala camino a la vida  
con muros de amor y confianza,  
y tus hombres viejos, de carne doliente,  
en donde ha nevado toda la esperanza.  
Y el corro de niños que acuden al huerto patricio,  
el alma riente, florida, desnuda,  
y bajo las noches de errantes visiones  
imprimen sus pies en la arena desnuda.

Evoco tus verdes palmares, hechos de seda trémula,  
tan armoniosos, de líneas tan puras,  
y su dulce rumor apagado  
de donde fluye imprevisto beleño;  
¡tus palmas heráldicas van al azul horizonte  
como el fácil camino del sueño!  
Se dijera que en ellas se mueve,  
tan remota que apenas resuena,  
una lírica fuente nocturna  
de inquietud, y de amor, y de pena.  
Con su gracia decoran la tarde;  
ponen su signo movible en la diáfana noche;  
por recóndito anhelo intranquilas  
erigen al sol el undoso cabello disperso,  
y parece que agobian el alma  
con la dulce fatiga de! verso!

Y el río que viene a tu seno proficuo  
y en tu seno se parte en dos rutas,  
y rinde sus cofres de gemas pulidas  
y rinde la miel de sus tórridas frutas.

Tu río, tan claro de heroicas historias;  
tu río, tan hondo de oscuras leyendas;  
tu río, tan fértil, nutricio del bosque sonoro  
que da las cordiales ofrendas.  
De la sacra heredad en el término,  
de tu verde ribera mullida,  
por él a la patria le extiendes los brazos  
y por él eres templo de vida.

Tu afán insaciado en las luchas febriles,  
tu voluntad dilatada en dominio,  
la onda vital de energía que rige tus obras  
y el ritmo que mueve tus ansias presentes,  
avivan la egregia esperanza en el ánimo,  
sugieren las nobles ideas,  
¡y parece que rompe en un himno  
basta el bosque férreo de tus chimeneas!

Loor a tu raza que númenes sacros conducen,  
simiente de próceres en el seno del tiempo vertida;  
simiente de bardos que en libro de oro  
dirán la armoniosa bondad de la vida:

Loor a los firmes renuevos  
que están en tu fértil floresta sonora,  
de brazos intrépidos, recios y duros,  
que al golpe de! yunque fecundan la hora:

Loor a tus dulces mujeres virgíneas;  
loor a tus prósidas madres,  
animadas en la arcilla más pura...  
¡Loor al incendio de antorchas magníficas  
que esclarecen tu senda futura!

Mi corazón acelera sus ritmos,  
y en las horas de cándidos vuelos  
se va por tus calles fantásticas,  
abiertas como un río que fluye en los cielos...  
Tus calles nocturnas, tejidas de móviles sombras;

tus calles, floridas de nardo, de rosa, de lirio,  
¡que encienden la honda inquietud extrahumana  
y la fiel vocación del martirio!

O en cálidas noches, azules con oro de estrellas  
discurro en tus claros jardines,  
repaso en el polvo las trémulas huellas,  
restauro las dulces palabras cordiales;  
y soy esa sombra doliente,  
nimbada de ensueño y amor y tortura,  
que por luengos caminos fatales  
persigue otra sombra fantástica y pura...

La ilusoria visión se diluye en el alba,  
y el viajero poeta es un púgil  
que afirma al amparo de cielos distantes  
la planta insegura,  
en recia labor que consume  
sus horas fragantes.

Mas subsiste el lejano perfume  
que en mí derramaran tus líricos huertos,  
y la virtud maternal con que un día  
guiaste amorosa mis pasos inciertos.  
Tus vagos palmares heráldicos  
mulleron de seda mi rima ferviente;  
tus noches de luna me dieron la vasta visión radiosa  
y el lauro primero que tiembla en mi frente.

Yo te debo mi santa alegría,  
mi virtud retemplada en el yunque,  
mi fe vacilante nutrida a tus pechos,  
y esta levadura de amor y de odio  
con que amaso mi pan l de esperanza.

¡Ciudad que has abierto caminos de gloria  
con muros de honor y confianza!

# La ciudad de la estrella

## I

A un Numen fuerte, un fúlgido milagro:  
del dombo de los cielos se desprendió una estrella,  
y su visión fue trazo de la belleza suma:  
con inflamados besos dio un iris a la bruma  
e iluminó las almas, la mística centella.

¿Y a dónde caería? Los bardos de aquel tiempo  
cantaban en Sus rimas la ciudad memorada,  
donde se vio el prodigio arder, fluir, caer.  
Era un monte. Subiendo ese espacioso monte,  
un limo que sería la pulpa en la granada.  
Cimera aún, la roca silenciosa y nevada,  
y después horizonte... horizonte... horizonte...

¿A dónde caería  
la gema azul, rodando desde el collar del día?  
¡Oh, quién mirar pudiese la sombra iluminada  
y como abierta en lampos de una aurora sagrada!

## II

Ciudad feliz, arcádica, de honrado amor, se engríe  
porque la blonda tránsfuga de nívea luz la baña;  
en su ilusión la estrella sus nácares deslíe;

los hombres que la vieron los nutre su montaña...  
Sus albas aun evocan auriazulina huella.

Quiere la ciudad clara el sueño blando,  
la Musa libre, el alma señora en su querella,  
y labora cantando y esperando...  
Aún piensa ver la sombra iluminada,  
cual si se abriera en lampos de una aurora sagrada...  
y persiguiendo el brillo de la fugaz estela,  
el éter vacuo, inmenso, contempla de hito en hito...  
Un pueblo, cómo mira los ámbitos y anhela  
no sabe qué... ¡belleza del lúgubre infinito!

¡Qué noche, noche ustoria que conmovió la vida  
y enardeció las almas y depuró el dolor,  
cuando cruzaba el cielo la lágrima encendida!  
¡Qué fúlgido milagro, qué lírico estupor!  
A quien miró la estrella con mirar arrobado,  
hasta el penar la lumbre le tiene diademado,  
y un brillo de la lumbre lleva en la mente opreso:  
el beso de la luz casi ni oprime,  
con ser un tibio y tremulante beso...  
Tú por la estrella errante de un sueño embelesado:  
¡vivir es una experiencia sublime!,  
¡vivir es un ejercicio sagrado!

### III

Abejas zumbadoras. Maíz que está granando.  
Canciones a la tarde, cuando se sueña, y cuando  
el polvo de los astros fulgura en el vacío...  
Ha de brillar de nuevo la mística centella,  
rielando entre las aguas del nemoroso río...

¡Sé tú, Quetzaltenango, la Ciudad de la Estrella!

## El peregrino

Playas de Centroamérica, mullidas  
vanamente al furor de las espadas;  
con sangre de martirio prevenidas;  
sonoras de palmeras erizadas  
y claras de luciérnagas ardidas.

La quilla rompa el dombo de la ola  
y sosiegue su afán por la ribera,  
donde un alba de ópalo se inmola  
pulsada de marimbas y auras vagas...  
Los niños juegan al azar, soñando,  
y el Azar en sus manos los arrulla.  
Canta la muchachuela en el profundo  
campo, en su paz melódica de aldea;  
y un monte allá señero, frutecido,  
baja a ceñida, y viene, y la rodea,  
corno en un lecho un brazo enardecido...

Más amor que estos montes —¿en qué montes?—  
más músicas las aguas —¿de qué ríos?—

Playas de Centroamérica, doradas  
de noche y día en gemas efulgentes;  
sangre y miel en las frutas sazonadas;  
razas extintas, tiempos irreales;  
y allá por las roturas, en rompientes,  
cielos vagos y vuelos de quetzales...

Aquí la humana prole nace y muere;  
aquí la humana prole gime y sueña.  
Esto es real ¡oh Ensueño Fugitivo!  
Mirad la sombra en el cristal que fluye  
sobre fondos de sombras verdinegras;  
ved el árbol, la torre, el surco abierto...  
¡Un día el sol en sus espacios dora!  
Tal vez el labrador bajó a la trilla,  
y tal vez, con las brumas de la aurora,  
el mar mece al amor en su barquilla...

¡Un día! ¡Un día! ¿Qué es ahora?

# Amigo espiritual

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

¡Oh, tú de las palabras que dora un sol occiduo  
como vagos zafiros:  
tú, del hogar austero, del grato desaliño  
y el ademán de un místico de una progenie ilustre...  
Te das en tus balsámicas canciones  
si la Tierra y el Cielo te sonríen,  
o no te das... Amas el hecho vano  
porque puedes henchido de amor y de belleza  
inextinguible; amas al Dios arcano,  
y has hundido la mente en lo imposible!

## El pensamiento perdido

Yo tuve- un pensamiento de inspiración divina,  
seguro como un monte y arduo como un amor  
encerraba el misterio de la onda marina,  
el vuelo de las águilas, el giro de la flor.

Jamás lucero alguno vertió desde la altura,  
sobre el escueto páramo, más dulce claridad  
que el pensamiento mío sobre mi carne impura,  
por él bañada en lampos de ardiente castidad.

Bajo su luz, el mundo reía en la alborada,  
y la alborada fue mi honda de David.  
¡Oh ternura sin lágrimas de la luz aniñada  
jugando en los racimos maduros de la vid!

Bajo su luz, la ira del ademán cruento  
fue hermana del zis-zas alegre de la hoz;  
y cuando dije un día con ánimo violento:  
“Yo no quiero un prodigio: me basta un pensamiento”,  
¡estaba ya el prodigio temblándome en la voz!

A su encendida lumbre —rubí, zafiro, día  
celeste— iban las múltiples fuerzas del Bien y el Mal  
—palomas y milanos— con rumbo a la Armonía,  
y todo se nutría de ciencia divinal.

\*

Agrias tormentas —agrias como erizada roca—  
entre la mente oscura y el torpe corazón;  
plegaria que te vuelves, al brotar de la boca,  
iracunda blasfemia o ardiente maldición;

enfermedad sagrada que busca lo Absoluto  
en nuestro ser efímero, y no lo puede hallar;  
amante Poesía que llevas hasta el bruto  
tus perfumadas ánforas, tu lirio, tu azahar;

soplo que extingue al paso la flama de la vida;  
ósculo de la Sombra; fatídico vaivén  
entre un día futuro y una edad preterida;  
hambre de Azul; melódica nostalgia del Edén...

Todo bajo la lumbre del claro pensamiento  
era impulso armonioso, miel, perla, vino, Abril...  
¡El suspiro de Dios, que armonizaba el viento,  
iba en mi pensamiento por el viento de Abril!

*[México, 1918]*

## Nocturno

¡Oh, qué gran corazón el corazón del campo  
en esta noche azul y pura y reverente,  
todo lleno de amor y de piedad sagrada  
y fuerza suficiente!

Yo le escucho latir y comprendo mi vida:  
me parece tan clara, tan profunda, tan simple,  
y tiene como el mar y el monte puro  
su raíz en el tiempo sumergida...

Yo le siento latir, y una onda inefable  
y cordial y vital me conforta,  
y no pienso que soy un barro deleznable,  
y que la brega es dura y corta.

Toda inquietud es vana; la desazón soporta  
—me está diciendo a voces un amigo interior—.  
El minuto es florido, sonoro y halagüeño;  
el corazón del campo te dará su vigor  
para entrar en el último sueño...

## Virtud interior

Llego aquí como ayer sencillamente;  
y en medio de los campos  
abandono mi cuerpo  
sobre la hierba fácil.

Ni voces que interrumpan la secreta  
comuni3n de la vida;  
ni libros imponentes  
ni exceso de palabras.

Dulce cielo otoñal sobre las calles;  
el agua limpia, el césped, la inefable  
sencillez de las cosas;  
y yo, sin ligaduras,  
buscando el rumbo cierto  
a la sombra de Dios que me sustenta..

Y la emoci3n que me darán los hálitos  
del bosque, santamente,  
y el éxtasis divino del silencio  
debajo de los árboles...

La noche azul me cubre;  
mi frente se circunda  
de lirios y de estrellas,  
y nace mi bondad y va fluyendo;

y en la inquietud absorto,  
sobre la hierba trémula,  
mi corazón humilde  
ama todas las cosas;

y siento hervir mi sangre,  
y quiero derramarla,  
y esta virtud cruenta  
me va purificando...

## El despertar

Ya por celestes númenes alzado el mortuorio  
manto que las criaturas envolvía,  
la luz viene a llamar a los cristales...

Tú que retornas de tu sueño: advierte  
si un hada esquivada deja en los umbrales  
salvias y zarpoletas, o si vierte  
al pie de la ventana,  
con sus dedos rosáceos y pueriles,  
los jugos de la agreste mejorana,  
y el tomillo de todos los abriles.  
Porque huele muy bien...

Y el aire puro,  
al penetrar por el balcón abierto,  
derrama en el ambiente semioscuro  
los himnos de los pájaros del huerto.

Bajo el árbol antiguo el agua suena...  
¡Es de día! ¡Es de día!  
Haz tu oración, disponte a la faena,  
y alégrate en las cosas humildes, alma mía.

## Lamentación baldía

Mi mal es ir a tientas con alma enardecida,  
ciego sin lazarillo bajo el azul de enero;  
mi pena, estar a solas errante en el sendero;  
y el peor de mis daños, no comprender la vida.

Mi mal es ir a ciegas, a solas con mi historia,  
hallarme aquí sintiendo la luz que me tortura  
y que este corazón es brasa transitoria  
que arde en la noche pura.

Y venir, sin saberlo, tal vez de algún oriente  
que el alma en su ceguera vio como un espejismo,  
y en ansias de la cumbre que dora un sol fulgente  
ir con fatales pasos hacia el fatal abismo.

Con todo, hubiera sido quizás un noble empeño  
el exaltar mi espíritu bajo la tarde ustoria  
como un perfume santo...  
¡Pero si el corazón es brasa transitoria!

Y sin embargo, siento como un perenne ardor  
que en el combate estéril mi juventud inmola...  
(¡Oh noche del camino, vasta y sola,  
en medio de la muerte y del amor!)

*[Barranquilla, 1906]*

## Parábola de los viajeros

Por la llanura alucinante  
dilata ansioso las pupilas:  
busca el sereno azul de la cumbre radiante  
y alza las manos intranquilas...  
Él ha cruzado las florestas;  
regó su sangre en el sendero  
bajo el ardor de la mañana...  
Maín el Caballero  
y Capitán de una milicia humana.

Y va a buscar el buen camino  
porque en la liza temprana  
estéril fue su juventud.  
¡Oh desolado peregrino,  
vaso de anhelos, rosa de inquietud!

*Maín*

Buen hermano, buen caminante:  
¿a dónde vas por tu sendero?

*El mercader*

Siempre adelante y adelante.  
Más allá de los horizontes  
hallaré perlas, oro, plata.

*Maín*

Empeño vano: triste empeño  
que un soplo frío desbarata,  
barco de espuma, ala de sueño...

(Ábrese toda la llanura  
en senderos inadvertidos,  
La linde vela nube oscura.  
Tiemblan los árboles en la distancia,  
y por el viento sacudidos  
dan a la estepa su fragancia).

*Maín*

Buen hermano, buen caminante:  
¿a dónde guía tu camino?

*El esposo*

Siempre adelante y adelante.  
El Amor es mi antorcha y la sangre mi vino.

*Maín*

El Amor... Si no es bella mentira  
que nos ofusca y nos exalta,  
treme en la cumbre azul cual una pira  
¡y la cumbre es tan alta!

(Por sobre el llano polvoriento  
rueda una extraña, algarabía;  
sordo rumor dilata el viento  
en la mitad del claro día.  
Como pájaros extraviados  
vagan los hombres; todos van  
siniestramente alucinados  
tras la fatiga y el afán).

*Maín*

¡Oh buen hermano caminante!  
¿A dónde vas por tu vereda?

El poeta

Siempre adelante y adelante.  
En mis manos florece el lirio.  
Mi ilusión es azul y mi ensueño de seda.

*Maín*

Buscas la espina del martirio...  
En el bosque impasible tu oriflama se enreda,  
y...

(El sol sus rayos amortigua.  
Baja la tarde a la llanura,  
doliente, lívida y exigua,

y la extensión bajo sus besos  
es más oscura, más oscura...)

*Maín*

¡Oh buen hermano caminante!  
¿A dónde, di, tus pasos guía  
la clara antorcha de tu fe?

El apóstol

Siempre adelante y adelante.  
Mi trigo siembro todo el día,  
pero hacia dónde voy, no sé.

*Maín*

Tú, como yo, en el laberinto  
de esta llanura desolada,  
bajo la luz del sol ya extinto  
buscas la senda amplia y segura  
y no ves nada... ¿No ves nada?

(En la penumbra temblorosa  
por un sendero divergente  
cada peregrino se aleja.  
La noche invade ya el oriente.  
Pasa un anciano que semeja,  
por la fatiga que le en arca,  
el guardador de la verdad;

sus dulces manos de patriarca  
tiemblan de horror y de ansiedad.)

*Maín*

Buen anciano, buen caminante:  
¿qué rutas llevas, qué destino?

*El anciano*

Siempre adelante y adelante.  
Mi cabeza, bajo sus nieves,  
hacia la tierra dura inclino,  
y...

*Maín*

Busco la luz, el buen camino:  
¿quieres decirme sus señales?

*El anciano*

Lo envuelve todo enigma oscuro.  
Estos senderos son fatales.

*Maín*

¿Y más allá del viaje duro,  
no está una gruta en la montaña  
donde podamos descansar?

*El anciano*

Vas en pos de un miraje que engaña.

*Maín*

¿Y todos los caminos?

*El anciano*

¡Dan al mar!

(Hay un silencio pavoroso...

Por la llanura desolada

los peregrinos sin reposo

ya no ven nada... no ven nada...

Van a tientas, en vértigo anhelante,

y, dilatando las pupilas,

el alma lanzan adelante,

y alzan las manos intranquilas...)

## El espejo

¿Mi nombre? Tengo muchos: canción, locura, anhelo.  
¿Mi acción? Vi un ave hender la tarde, hender el cielo...  
Busqué su huella y sonreí llorando,  
y el tiempo fue mis ímpetus domando.

¿La síntesis? No se supo: un día fecundaré la era  
donde me sembrarán. Don Nadie. Un hombre. Un loco. Nada.  
Una sombra inquietante y pasajera.  
Un odio. Un grito. Nada. Nada.

¡Oh desprecio, oh rencor, oh furia, oh rabia!  
La vida esta de soles diademada...

# El cincuentón

FRAGMENTO

*Cantar es ser sí mismo.*

PEER GYNT

Rubio fulgor de lámpara pulida  
congrega en torno juveniles frentes,  
mientras que a fácil divagar convida  
crepúsculo de estrellas inminentes.

Baña la luz en su bondad discreta  
muelles alfombras de un azul marchito,  
y en el muro prolonga su silueta  
Psiquis radiante en la virtud del mito.

Y en severa y cordial estantería  
—odres de hogaño para vinos viejos—  
los libros de imperfecta simetría  
dicen su gloria en pálidos reflejos;

Píndaro, complicado de leyendas;  
Anacreonte, de seniles bríos;  
Sócrates, que mueve sus ofrendas  
rumbo a Belén por ignorados ríos;

Luciano, decadente y especioso;  
Tibulo, en mieles íntimas constante;

Plauto, que bruñe el múrice precioso  
de la ilustre cantera; Ovidio amante;

Virgilio, matinal; Dante, que inquiere  
trazos de la celeste geometría;  
Cervantes, que batalla y sufre y muere  
reclinado en su lecho de ironía...

(¡Oh sabio corazón que late interno  
en leve estuche de prolijas formas!  
¡Enjambre de oro de rumor fraterno  
que dio al enjambre las augustas normas!)

A la estancia de tonos mortecinos,  
sonora ya de cincelados versos,  
y que conjunta efluvios campesinos  
en las brisas alígeras dispersos,

Llega, rengueando el cincuentón. Aclama  
su egregio nombre desbordado coro.  
Tiéndese en el diván. Lívida llama  
parece arder en sus sortijas de oro.

Son sus manos de trágico desgonce,  
manos frías, severas, espectral es;  
y 'un acre sonreír imprime al bronce  
de su rostro fatigas otoñales.

Y si con tonos vagos y remisos  
narra una historia inútil y cruenta,

se vislumbra en sus ojos indecisos  
de amortiguado ardor la llama lenta...

Ciro, doncel de parecer apuesto  
que el de un antiguo paladín evoca,  
con blando hablar y con moroso gesto  
el persuasivo discurrir provoca:

—Y vos don Celso Yáñez y Giraldo,  
¿qué tal?

—Ya veis: esta maldita pierna...  
Pero aquí se está bien... (muelle respaldo)  
que en torno fluye juventud eterna.

Precaria juventud la que culmina  
como en tiempo de otoño el campo verde,  
y a los treinta años tiénese y declina  
y en la temblona ancianidad se pierde.

¡Oh, no puede morir! Ella difunde  
vigor perenne a un ritmo encadenado;  
en cada instante efímero transfunde  
algo eternal el alma del pasado.

¿Visteis el mar de lóbrega porfía  
en su perennidad alucinante?  
¿Y el trigo visteis madurar un día  
y otro después, en sucesión constante?

La onda nada más, la espiga leve,  
múdanse ante los ojos del poeta.  
El ritmo es esencial...

Bajo la nieve,  
si oculta saña mi dogal aprieta,  
si el cuerpo gime en las nocturnas toses,  
“la Vida —pienso con el gran pagano—  
cual la antorcha en los juegos de los dioses  
pasa de mano en mano”...

No del celeste horóscopo el estigma  
busquéis. temblando en la falaz escoria  
ni ante los negros ojos del Enigma  
lloréis sobre la carne transitoria,

¡sino ceñid al alma diademada  
del ideal la túnica inconsútil,  
aunque rindáis a la áspera jornada  
como Peer Gynt la juventud inútil!

*[La Habana, 1915]*

# La vieja canción

*Tema: La juventud es como un bello libro de cuentos de hadas o de historias heroicas, que leemos con emoción, al calor de nuestra íntima hoguera... Cuando la hoguera se ha extinguido y el libro se acaba, ¿qué hacer sino suspirar?*

## I

¿Qué ha de hacer el que ignora el destino,  
la razón de su pan y su vino,  
y la clave de oscuro avatar?

Como el nórdico rey prisionero  
de la vieja canción del trovero,  
esperar... esperar... esperar...

## II

Tal vez brinde un consuelo a sus cuitas,  
en la tarde de pompas marchitas,  
la ventana que está frente al mar:

tal vez pueda en antiguo volumen  
cuyos trazos los siglos esfumen,  
divagar... divagar... divagar...

### III

En otoño de rancos acentos  
que con lúgubres puños violentos  
en las noches quebranta el pinar,

puede acaso por sendas de gloria  
más allá de su patria y su historia  
ambular... ambular... ambular...

### IV

Si hace frío en la sala desierta,  
entornando a su paso la puerta  
y arrojando un buen leño al hogar,

él podrá como un rey del oriente  
al influjo del libro sapiente,  
delirar.... delirar... delirar...

### V

Y fingir que entre chusma bravía,  
de remotas edades, un día  
fue un castillo roquero a escalar:

y que vieron atónitos ojos  
una espada entre humanos despojos  
cintilar... cintilar... cintilar...

## VI

O más bien que en la paz de la vida,  
por la senda de lauros mullida,  
fue una rubia princesa a buscar...

Mil lanceros formaban cohorte...  
(Y el palacio quedaba hacia el norte,  
frente al mar... frente al mar... frente al mar...

## VII

Mas ¿qué hacer cuando el libro concluye?  
¿Cuando el sueño falaz se diluye?  
¿Cuando muere la luz del hogar?

Sólo resta el recurso postrero:  
como el nórdico rey prisionero,  
suspirar... suspirar... suspirar...

## Carbunclos

No enflorará tu nombre un verso vano  
ni entre lo cotidiano irás perdida.

Un varonil silencio. Un goce arcano.  
y por mi pensamiento soberano  
hacer más honda y sensual tu vida.

Ah, cómo en el amor estás ardida:  
se va entreabriendo el alhelí de un beso  
en tu boca, de múrice teñida,  
y desnuda y nevada  
tu carne a mi deleite fue ofrendada.

¿Qué jardín se te inunda si me lloras?  
Mi amor ¿no es la clepsidra de tus horas?  
¿En tus labios no miela el colibrí:  
la vida junto a mí no es más ensueño,  
más tragedia la vida junto a ti?

Cuán lindo el pie tan ágil y pequeño...

Ya en la propicia oscuridad, desnuda  
tu carne tiembla y lánguida me oprime:  
doliente y zahareño  
grita mi corazón: "¡Si está desnuda!"  
¿Cuán lindo el pie, tan ágil y sedeño,  
cuán tibio el muslo!... Ah, dueña de tu dueño:  
el amor fue mi parte dispensada  
en el festín de sombras de la nada...

Hoy quiero solazarme en tu ternura  
como en las auras que embalsama el heno  
la noche del sahumerio montesino.  
¡Un beso a tu varón, mi hembra impura!  
Dormir después en tu redondo seno  
tu seno blanco de ápice azulino...

# El verbo innumerable

I

BABEL

Cuando las sombras fluyen bajo la luz eterna  
del crepúsculo, y vuelan en argentinos haces  
de lo alto de las torres, alígeros, fugaces, I  
los himnos concertados “ad incensum lucerna”,

oigo, cual si brotaran de lúgubre cisterna, .,  
vocablos inarmónicos, llamamientos vivaces  
a que nadie responde, y epítetos procaces  
como rojizos lampos de la pasión interna...

Y no comprendo nada. Golpean en mi oído  
palabras errabundas —“rumores sin sentido  
de atropelladas olas en turbida marea”...

Y el corazón demanda, desde su cárcel roja,  
un inspirado intérprete que el tumulto recoja  
y dé a las voces múltiples un ritmo y una idea...

II

LA INTERPRETACIÓN

Después, sobre el pináculo donde el alcor culmina  
(¡Combado, tibio seno de una deidad yacente!)  
oigo el rumor —“persiste, persiste blandamente”—,  
y su virtud recóndita mi espíritu adivina:

Es Medellín, que alzando su clámide latina  
y el áureo cetro, embriágase con sangre del poniente,  
y entona un son burlesco y un cántico ferviente  
mientras le mulle un lecho la sombra y se reclina...

Es Medellín —el fuego y el yunque ante la mano,  
las seculares plantas en limo cotidiano  
y los azules ojos clavados en la altura—

que dice al éter vago, con verbo innumerable  
sus ímpetus confusos, su sueño, su inefable  
preñez, y la fatiga de su labor oscura.

*[Cerrito del Carmen, Guatemala, 1914]*

## Soy como Ascanio...

Sentí rugir la envidia, y entre la noche oscura  
ella amargó un instante los frutos de mi vida;  
mas alzo bravamente mi lámpara prendida  
y trueco en claras mieles mi horror y mi amargura.

Que el envidioso hiera. Su mismo golpe augura  
el canto de la alondra que entre mi pecho anida...  
Yo, tras el golpe, ciño la púrpura encendida,  
y sé que mi realeza, la plebeyez tortura.

Y ensayo mi sonrisa —¡la equivoca y discreta!—  
para enseñar al zafio que, por virtud secreta,  
la flor del alma mía conserva su perfume;

y que aun envuelto en llamas por la pasión artera,  
soy como Ascanio, el héroe de rútil cabellera  
que arde en rojizo fuego... ¡pero no se consume!

## Canción delirante

*Coro:*

Nosotros somos los delirantes,  
los delirantes de la pasión:  
ved nuestras vagas huellas errantes,  
y en nuestras manos febricitantes  
rojas piltrafas de corazón.  
Abrid, que llegan los trashumantes  
de una ignorada, muelle Estambul.  
¿A qué las fugas alucinantes,  
si hay tras las arduas cumbres distantes  
los mismos mares el mismo azul?

*Los embrujados:*

Dolor... zozobra... Puertas abiertas:  
la marihuana, la tentación...  
¡Cielos azules y alas abiertas!  
Por vagos mares de ondas inciertas  
vaga el esquife de la ilusión;  
las viejas vides están desiertas"  
mueve fantasmas el corazón,  
y...

*Los invertidos:*

Ved nuestras úlceras en carne viva,  
que escuece el áspero soplo del mar:

Fue nuestra pobre carne cautiva  
de una nefanda deidad activa,  
que los rubores vedan nombrar.

*Coro:*

Nosotros somos los delirantes,  
los delirantes de la pasión;  
ved nuestras vagas huellas errantes,  
y en nuestras manos febricitantes  
rojas piltrafas de corazón.

## Segunda canción delirante

Tralarí lará larí  
tralará larí lará...

Al amor el alma, vaso de ternuras;  
al carmín del día, la alondra solar;  
luz de estrellas claras a las liras puras;  
armonium e incienso al altar...

¿Y a mi afán extraño, de equívoco anhelo,  
a mi ronca y triste desesperación?:  
¿Un laurel andrógino? ¿La piedad de un velo?  
¿O el cárabo loco de mi corazón?

Tralarí larí lará  
tralará lará larí...

Con pavor mi carne ruge sus locuras.  
Mi alma en ese rugir va.  
De tantos rugidos en noches oscuras  
no oigo nada... nada... Tralarí lará...

Y me abraso en llamas de lúgubre anhelo,  
en una gozosa desesperación...

Mas un día... ¡un día llegaré hasta el cielo  
con las llamaradas de mi corazón!

## Canción sin motivo

Con mi ensueño de brumas, con tu claro rubí  
¡oh tarde!, estoy en ti y estas en mí,  
por milagrosa e íntima fusión...

Antes del gran silencio de las estrellas, di:  
¿de qué divina mente, formamos la ilusión?

Por mi ensueño de brumas, por tu claro rubí  
¡oh tarde muda y bella!, gime mi corazón.

## Corazón

Tú, corazón florido,  
rojo fanal en mi pecho encendido,  
coágulo bermejo, rosal de pasión:  
tú, mi corazón, un día serás viejo.

Tu ritmo de onda  
de soplos de brisas de huertos de abril,  
tu olor de esencia de fronda,  
tu triste amor, tu ímpetu pueril,

todo lo apagaré con mano blanda  
el tiempo, de quien eres un cautivo;  
y yacerás en cárcel miseranda,  
arcón exhausto, muerto supervivo.

Y tu melodía interna,  
tu lúbrico ardor extraviado,  
tu ronco son de cisterna,  
ya entonces habrán pasado.

Ah, corazón florido,  
rojo fanal en mi pecho encendido,  
coágulo bermejo, rosal de pasión...  
Ah, mi corazón...  
Ah, mi corazón...

*[San Antonio, Texas, 1921]*

## Espacio... tiempo...

Yo traje la visión de mis campos nativos  
a la orilla del mar,  
y la sentí borrarse, y tuve un calofrío  
de vida y muerte.

Yo traje la visión de una agua dilatada;  
y en la orilla del mar . .  
vi tan confuso el límite postrero de la tierra..  
que tuve un calofrío  
de vida y muerte.

Y supe que el principio y el fin mío  
no marcan las fronteras ni estatuyen los tiempos,  
y aprendí la virtud del valle y de los légamos,  
y se llenó de espíritu la arcilla de mi carne.

Dilatando la vista  
miré en redor la inmensidad sagrada,  
como el hombre que sube entre la noche  
a la cumbre más alta.

Y quise hablar... y el fácil movimiento  
de mis labios contuve  
¡como si el proferir una palabra  
fuera tal vez mi muerte!

## La casona

Se erige en la ciudad una mansión austera  
y el dombo que la cubre ya es fúlgida oblación...  
¿Oísteis, de los puros labios en la pradera,  
que esa morada, un día, fue un grano de ilusión?

O como brumas rotas que vagan por el cielo,  
fue un humo de la mente: fue nébula y cendal;  
mas cuando al fin en acto se definió el anhelo,  
la mole victoriosa surgió de lo Irreal.

¿Qué púgiles la alzaron? ¿Qué cánticos de hazañas  
de sus cimientos hondos se elevan a o azul?  
¿Qué noble mano impuso la fuerza en sus entrañas  
que mano suave aporta los óleos y la luz?

Hacia el primario impulso lanzad el pensamiento...  
Como mirando al éter se ahonda en su zafir:  
comprenderéis entonces que el pulso del intento  
—el germinal propósito—, se siente aún latir.

Los hombres qué erigieron la casa en su ardentía,  
son polvo ya, son sombras del arrecido ayer;  
pero su trazo enérgico perdura todavía,  
y en móviles figuras los vemos renacer:

Acaso, en grupo amigo, dibujen la ilusoria  
silueta de la fábrica, que cuaja en lo formal;

tal vez, enardecidos de un ansia perentoria,  
la miren ya, fecunda, magnífica y cordial;

O acaso en los insomnios, al giro del lucero,  
cuando el albor del día, o a lumbres de cenit,  
a su ilusión le marquen destino y derrotero  
y escríbanle una empresa que vaya al porvenir...

## II

Uno, del gesto prócer, de la mirada endrina  
que obsede como el agua de un río a contraluz,  
señalará por rumbo la hora diamantina...  
¡Y el polvo de los años no la deslustra aún!

En la inicial falange que erige la morada,  
él es el ardimiento que cuaja ya en acción,  
y opone al soplo rudo del limbo de la Nada  
el ímpetu del alma cimbrando en el airón.

Va, trémula en su sangre, la luz del sol ustoria;  
va pulso de centellas; va vértigo del mar...  
¿El sueño humano, limpio de original escoria,  
lo cubrirán de hielo las manos del Azar?

¡No! Sueño que ya es obra no es dardo que no alcanza.  
Hombres que no confíen, son briznas en vaivén.  
¡Eoé! —canción de aliento vibra en la lontananza  
del Tiempo y el Espacio... ¡Eoé! ¡Eoé! ¡Eoé!

Y al distender los músculos en un raptó violento  
sobre la piedra inánime y alzar la Fundación,  
en hablas premurosas  
tal vez oirá fluir el loco viento:

—¡Cómo hay en el ardimiento  
mundos que esperan armonización!

### III

El otro —un trazo austero y un Numen pensativo,  
ceñida ya la frente de aljófár de la edad—,  
ante el dolor humano será un amor votivo,  
la mente que unge todo con óleo de piedad.

Antaño —en otro antaño— como un tesoro ardía  
su pecho; a sus sentidos, el aire era un laúd  
que al paso de las horas lloraba melodía,  
como las arpas bíblicas suspensas del saúz.

Mas todo fluye al ritmo del grano de la arena;  
un soplo helado trunca los frutos en agraz.  
¡Oh, goce de la vida! ¡La carne es tu falena,  
y tú eres solamente relámpago fugaz!

Ya no es arcón de luz el pecho ardido:  
en la efulgencia  
de sus carbunclos  
ha atardecido.

No adula el aura errante, de túnica ligera;  
el sauce antiguo sólo fue un sueño del jardín;  
y el trigo candeal.; dorado de quimera,  
la hoz de los crepúsculos lo siega en el confín.

Y acaso escucha el prócer, al tumbo del momento,  
suspiros de amor lúgubre que van a la extensión,  
y dice dulcemente la brisa de su aliento:

—¡Cómo hay en el sentimiento  
mundos que esperan armonización!

#### IV

Y el otro, de alma nítida, segura, ya regida,  
dirá como el Filósofo: *Verdad es lo que es;*  
y enseñará en las formas más altas de la vida, \_  
que ardor y amor son zumos de mística embriaguez.

Dirá que cuando el alba de esa verdad apunta,  
si amor o ardor asume lo cierto o lo falaz  
un pensamiento claro como hilo de oro junta  
los módulos y aprieta las formas en un haz.

Y efundirá en su alma un lampo vivo y puro:  
el que en divinas ráfagas efunde en el Edén;  
el lampo que, por cima del panorama oscuro,  
hace mirar distintos de esencia el Mal y el Bien.

Y se dirá a sí mismo, sin lloro ni lamento,  
de un nimbo de tristeza ceñida la razón:

—¡Cómo hay en el pensamiento  
mundos que esperan armonización!

## V

Así, con triple espíritu, fue alzada la Casona:  
de ímpetus y fervores y clara luz mental.  
El campo que ella siembra ya un siglo lo sazona.  
Sus eras de ilusión son fruto germinal.

El viador que pasa contempla sin fatiga,  
grabada sobre el muro y el dombo que la abriga,  
por vívidos cinceles de fuego, una lección:  
“Lo que hay en el ardimiento,  
lo que hay en el sentimiento,  
lo que hay en el pensamiento,  
lo suma y armoniza sólo este verbo: ACCIÓN”.

## LANZADA AL TIEMPO

Del ámbito han soplado ventiscas... Rojas Furias  
la patria ensangrentaban a filo de segur...  
¡Bien hayan los que vieron, rasgando las centurias,  
en el confín de México cuán claro está el Azur!

Bien haya la Casona por ellos asentada  
sobre la roca virgen, cuando el antiguo albor.  
¡Llor a los que oponen al .limbo de la Nada  
la acción de entrañas límpidas, que es forma del Amor!

*[México, abril-mayo, 1934]*

# En la muerte del poeta

(TRAGEDIA GROTESCA. Y SIN SENTIDO)

(Variación)

I

EL SOLAR DE LOS LULOS DE ORO

La abuela había podado el huerto.  
Nubes errantes, lácteo-azulino chorro de agua  
entre la etérea bruma del claro día infantil;  
y por la noche, no sé qué aromas entre las ráfagas  
de los saúcos y los eneldos y el toronjil.

La abuela había podado el huerto.  
Brotaban flores las astromelias de Sopetrán.  
yo, tremulante, de tiernos años, entre mis ángeles y mis sollozos,  
Ola el tiempo, de las campanas en el din-dan...  
Suenan una hora y anda un caballo —traque-que-traque—  
como aquel día en que volvieron de Sopetrán.

*Una voz melodiosa:*

—Cuando tú crezcas harás un viaje al Cauca hondo,  
—¡duérmete niño bata-gulungo!— al Cauca hondo,  
con los botines en el hatillo o en el zurrón;  
navigaremos en un barquito —¡bata-gulungo!—  
y traeremos al abuelito  
en el caballo del Tipitón...

Duérmete niño...

II

LOMENA

(PASA LA SOMBRA DE UNA MUJER)

Torcaza bruna que te adormeces de luz del día,  
¡lomena incauta, vigor ardiente, juventud mía!  
La onda estelífera se diluía,  
ebria de mieles, en la ternura del plenilunio primaveral...  
¡Cómo huye el tiempo! Lulos de oro, rumor de abejas,  
piñas maduras, vientos del monte, noches del mar...  
y un beso era una ambrosía  
en los festines del Ideal.

Volví los ojos en repentina mirada atenta,  
y vi las cosas... Había en todas una mudez...  
y... —¡oh desvaríos!, ¡oh desvaríos!— yo suspiraba:  
“Espectros vanos, moldes vacíos  
que hay que moverlos como las piezas del ajedrez...”

*Una voz agorera:*

A un doncel ciñe la fértil Musa  
y a un bardo espera la blonda niña,  
una antioqueña flor de Israel  
que enjague a besos su frente, triste bajo el laurel.  
¡La vida es grata! ¡Reposa y sueña!

Tal vez aún llegue la ardiente niña,  
una antioqueña boca-de-miel...

### III

#### HORA TRÁGICA

*Esto se pone interesante...*

(Un pensamiento con antifaz)

¡Pompa ilusoria del mar de un día que fue en un tiempo!  
¡Azúleos montes! ¡Albas serenas! ¡Luceros mudos!  
Dadme el secreto que parecía que se escondía  
en vuestras formas, luceros mudos, celajes mudos:  
la ley profunda que parecía que os envolvía...

¡Algo que sacie! Ráfagas lúgubres  
baten el alma, raen la carne;  
tormentas sordas de mares lóbregos  
rasgan las velas de mi razón.  
¡Algo que sea ley y destino!  
Algo para este anhelo, divino  
que va en la onda desesperada de mi canción...

*Voces con sonsonete:*

Trastroquémosle la música.  
¡Qué miquito tan ridículo!  
El lo entienda o no lo entienda,

continúa el espectáculo...  
Trastroquémosle todas sus músicas:

¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!  
¡Psh! ¡Psh! ¡Psh!

¡Qué miquito tan ridículo!...

#### IV LA CAÍDA DEL TELÓN

Nada en las brumas de la aurora,  
nada, nada en las flámulas del viento:  
¿en dónde está tu rosa ustoria, juventud,  
ni el dolor del vesánico momento?  
Nada en el triste desmayo lento  
hacia la gota, los estertores y el ataúd...  
Cuando me muera, dadme a lo menos un pensamiento,  
y atad mis manos con el cordaje de mi laúd...

Que el nudo sea muy apretado,  
porque a la Muerte se rinde fiero  
y rencoroso mi corazón.  
¡El drama ha sido un drama horrible, ruin y frustrado!  
¡Buena partida que me han jugado!  
Yo creía que ESTO tenía significado,  
con la maraña y el embeleco de la ilusión...

*Voces caritativas:*

—Cuando te mueras harás un viaje como este loco...

—De sueños turbios y versos claros estaba loco:

¡Dios lo perdone!

—Tanto vagar...

—Tanto soñar...

—Tanto anhelar...

—El pobre hombre se fue arruinando poquito a poco  
y al fin ha muerto...

—Ya hiede un poco...

—¡Alzad, amigos, alzad y vámosle a sepultar!

*[San Antonio, Texas, 1921]*

# Introducción a la vida real

FRAGMENTO

*Rey de la Vida...*

OSCAR WILDE

¡Rey de la Vida!

¡Rey de la Vida!

Ése del torso hercúleo, de la mirada brava,  
del ágil salto y de la emoción ligera,  
tiene a la Gloria en nupcias prometida.  
Como ramas de encino lo circundan  
veinte años; la lívida Experiencia  
no besa aún sus ojos virginales,  
y es Rey de un claro Reino de ufanía  
que anuncian ya celajes de amaranto.

¡Es Rey!

La niebla el trono va a erigirle un día,  
y el mar, en sueños, va a bordarle el manto...

¡Ah de la mente joven y la impulsión primaria!  
Como arcón esplendente de tesoros cuajados  
sentir el pecho; en raptos iniciales  
fluir en miel de amor; y en la ideación nocturna  
—luz de luceros por flancos nivosos—

aun de tránsito al limbo de la Nada,  
sembrar la vida de actos asombrosos.

Libres los gerifaltes del anhelo  
beben ámbito.

# Nocturno de Jalapa

FRAGMENTO

Romper —¡oh, quién pudiera!—,  
romper, romper —¡oh, quién pudiera!—,  
¡romper, romper, romper una palabra!

Esta palabra: YO.

Esta palabra: LUZ.

Esta palabra: AMOR.

Ponerla sobre un yunque de base inmovible,  
como una esfera hermética de cristal apagado;  
levantar el martillo, y un golpe y otro golpe,  
hacerla trizas.

¿Qué surgirá? ¿Sentido de cósmica armonía,  
paradigma geométrico de la moral humana?,  
¡lamos de claridad, impulso de ufanía?,  
¡huracanes del caos?

¿Es ello un sueño al fondo del zafiro,  
el mundo, en lápiz azul fluido?

En conjunción divina:

amor, amor, aspiración de espíritu,  
amor, amor; ¡la carne deletérea!

¡Oh viento desmelenado...

¡Oh viento desmelenado  
que rompiste la arboleda:  
ya que nada, si viví,  
he fundado ni ha durado,  
llévate aún lo que queda:  
llévame a mi!

Esta edición para internet de *Poemas intemporales*,  
de Porfirio Barba-Jacob,  
se terminó en la Ciudad de México  
en enero de 2012.

En su composición se utilizaron tipos  
de la familia Optima.